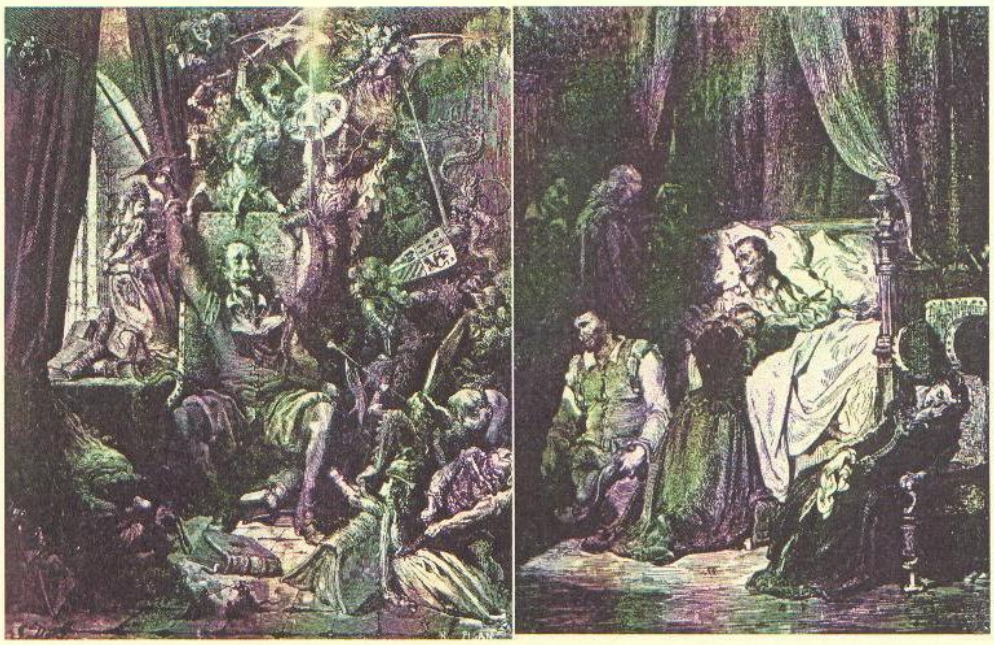
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



IV CENTENARIO DE EL QUIJOTE

POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural
Auca de las Letras
Revista Cuatrimestral
Precio: 2 €

N º 3 . Enero 2005.

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Redacción y maquetación Rafaela Lillo
Adjunta de Redacción : María Isabel Pintos
Consejo Asesor : Francisco Alonso Ruiz, Francisco Javier Fernández, María Luisa Hurtado
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada:
Composición realizada por "Auca de las Letras" a partir de dos grabados del ilustrador Gustavo Doré.

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/. Padre Mariana,15 – bajo. 03004 Alicante

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil: 679248312

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	Mª José Arques	4
El que nunca leyó el *Quijote* por vez primera	Ángel L. Prieto de Paula	5
El tercer centenario	Rafaela Lillo	7
Semblanza de Don Miguel de Cervantes	Francisco Alonso Ruiz	11
Yo no recuerdo el nombre de la aldea	Francisco Alonso Ruiz	13
Sierra Morena y Montesinos	Miguel Ángel Lozano	14
Dónde te escondes gentil caballero	Mª Luisa Hurtado	16
Sancho	Mª José Arques	17
El amor de Don Quijote	Manuel Parra Pozuelo	18
Don Quijote pregunta	Mariano Sánchez Soler	19
Don Quijote en el escenario	Juan Antonio Ríos Carratalá	20
Caballero al fin	Mª Amparo Benito Díez	22
La libertad de Marcela: Acrósticos	Rafaela Lillo	23
El testigo peleón	Airam Lebasi	25
Dulcinea del Toboso imaginada e imprescindible...	Manuel Parra Pozuelo	27
De lo que aconteció en un lugar de la Mancha	J. Glez	30
Tras los pasos de Don Quijote	Airam Lebasi	32
La tahona de Alonso	Mª Luisa Hurtado	34
Un semáforo en el *Quijote*	Ximo Rodríguez	35
El verso entre la prosa	Marcos Lloret García	37
Historia de un poeta	josé nelson castillo gonzález	38
Tributo cervantino	Francisco Javier Fernández	38
La maldición cinematográfica del *Quijote*	Luis Antonio López Belda	39
Refranes	Mª José Arques	41
El *Quijote* en la ópera y la zarzuela	José Manuel Navarro	43
Albedrío y ensoñación	Mª Amparo Benito Díez	45
Dulcinea del Toboso	Francisco Alonso Ruiz	46
Todo empezó en un desván	Mª Carmen López Muñiz Ximo Rodríguez	46
Derribado quedó de calentura	Lucía Espín	48
Últimas palabras de Alonso Quijano	Francisco Alonso Ruiz	49
Al monumento a Don Miguel de Cervantes que se instaló hace cien años en la fachada...	Manuel Parra Pozuelo	50

EDITORIAL

El próximo mes de febrero se cumplirá un año del nacimiento de nuestra revista. Era por entonces una criatura balbuciente que había comenzado a decir sus primeras palabras y estaba dispuesta a mantener su firme empeño en seguir haciéndolo.

Después de un inicio duro por diversas razones y algunos contratiempos, lógicos en todo caso, pero ya superados y, después de recorrer a lo largo de 2004 un camino de intenso trabajo, los componentes de la revista *Auca*, un grupo heterogéneo de personas, unidas por el amor a la cultura y movidas por unos fuertes deseos de superación, hemos llegado hasta aquí, y no podemos evitar que nos invada una gran alegría al poder ofrecer a los lectores, gracias a nuestro tesón y a la manifiesta generosidad de los colaboradores, este número monográfico dedicado al Quijote con motivo de la celebración de su cuarto centenario.

Este número supone, por supuesto, una mínima aportación a esta efemérides de celebración mundial, que ha provocado una gran actividad por parte de las instituciones y empresas públicas y privadas, grupos e individuos que vienen ya trabajando desde hace bastante tiempo para celebrar este aniversario, labor razonablemente mucho más intensa en los países de habla hispana y todavía más en nuestro país, donde se han realizado todos los esfuerzos posibles para conmemorar con grandes fastos el cuarto centenario de la obra cumbre de Cervantes. La Asociación *Auca de las Letras,* dentro de su humildad, se siente satisfecha. La cultura es patrimonio de todos y para todos, y con este convencimiento nuestro grupo caminará ilusionado a lo largo del 2005, después de conseguir celebrar su primer año con un homenaje a la obra suprema de nuestras letras.

A pesar de ser este número un monográfico, con todas las dificultades que implica y más aún referido a una obra de la que se ha escrito todo y de la que hay interpretaciones lógicas, ilógicas y variopintas, la revista *Auca* ha querido mantener sus habituales secciones, o para ser más precisos la misma variedad de textos y de géneros que en los anteriores números ha venido ofreciendo. Así, hemos relacionado y visto el *Quijote* a través de poemas, artículos de opinión y ensayo, teatro, cine, música, ficción...

No se sabe exactamente en qué fecha apareció la primera edición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Está claro que varios hechos previos a su publicación ocurrieron desde mediados hasta finales de 1604, pero fue en 1605 cuando la obra salió a la luz. Los ciudadanos que en el siglo pasado celebraron el tercer centenario eligieron como fecha central el día nueve de mayo. No conocemos qué día se elegirá este año, en el caso de que se elija uno especialmente, pero la revista *Auca* ha querido comenzar el año con este recuerdo. Ha sido un reto al que nos hemos enfrentado, alentados por la esperanza de que los acontecimientos favorables, acompañados de una gran ilusión, tenacidad, trabajo, y unos extraordinarios colaboradores, permitan que esta revista cumpla muchos más.

Mª José Arques

EL QUE NUNCA LEYÓ EL *QUIJOTE* POR VEZ PRIMERA

Es una verdad que alguien dijo, subrayando la evidencia: ninguno de nosotros puede leer el *Quijote* por vez primera. Quiso decir leerlo en el sentido de que, al hacerlo, se nos revela inesperadamente ante nuestros ojos algo turbador, que no estábamos preparados para recibirlo. Lo que nos sucede es algo bien distinto: cuando leemos el *Quijote* buscamos confirmar lo que ya sabíamos. Confirmarlo, subrayarlo, matizarlo..., incluso rebatirlo. Porque tanto quien confirma como quien rebate están remitiéndose a una referencia consolidada: la de la obra que *ya hemos leído* aun si no la hemos leído aún, aun si no la fuéramos a leer nunca. En el espacio un día inhollado de nuestra mente se han ido depositando, en capas superpuestas, películas sobre el caballero de La Mancha, dibujos animados que recrean a los personajes, interpretaciones orales o escritas sobre sus aventuras, resúmenes de la novela *ad usum Delphini* que nuestros maestros nos hacían leer en las escuelas... Nosotros perdimos aquella virginidad no con la novela de Cervantes, sino con alguno de los sucedáneos de la misma. Alguien que no era Cervantes nos abrió la puerta de su mundo; luego, hollado ya ese lugar, vino Cervantes, el de verdad. Cuando un universo narrativo se nos agota, bien porque el autor le ha dado voluntariamente fin, a veces provocando la muerte de su héroe (¡pero Conan Doyle hubo de rescatar de las sombras a Sherlock Holmes!), bien porque, muerto el autor, ya nadie puede prorrogar su mundo, a los que amamos ese espacio habitable nos anega la melancolía. Una melancolía distinta es la que nos posee si percibimos que nunca podremos estrenar ese territorio que se nos entregó un día de manera imperfecta, como quien debe limitarse a repetir una experiencia que nunca vivió auténticamente la primera vez.

Gustavo Doré. Detalle

Condenados a sustituir la emoción por el discurso sobre la emoción, es difícil no leer el *Quijote* como un modo de buscar la cita que precise una interpretación previa, o una idea que ya estaba consolidada en nuestra mente. Cabe suponer que hemos sustituido la novela por las inabarcables interpretaciones de la misma: éstas preparan el terreno, y aquélla sólo puede decir amén, en virtud de un automatismo psicológico que nos empuja a descubrir aquello que íbamos buscando.

El asunto tiene particular relieve porque las exégesis que se han hecho del *Quijote* a veces no parten de la obra literaria. Si sucediera esto último, al menos se nos entregarían las líneas esenciales de la novela, aunque se nos arrebatara igualmente el placer

espiritual del descubrimiento. No siempre es así, según acabo de señalar: del mismo modo que hay interpretaciones que arrancan de la novela y exprimen sus virtualidades significativas hasta extraer de ella las últimas gotas de significado, otras parten de los significados que en la mente del intérprete presenta la realidad cambiante e históricamente mutable, y sólo después se dirigen a la novela, a la que hacen decir lo que ya sabíamos. En un sentido último, estas interpretaciones deben más a la imaginación o inteligencia de quienes las formulan que a la verdadera sustancia de la obra: en vez de arrancar del libro, se dirigen desde la realidad al libro, puesto que entienden oscuramente que *toda* la realidad está inscrita en ese microcosmos de la novela, y que es cosa de los lectores extraer lo que puedan de un pozo que no tiene fondo: los únicos límites los marcará su inteligencia. Ya decía el bueno de Schopenhauer que el navegante puede creer que la profundidad de los fondos marinos abisales es la de la longitud de su sonda.

VIDA DE D. QUIJOTE
Y SANCHO
SEGÚN
Miguel de Cervantes Saavedra
EXPLICADA Y COMENTADA
POR
MIGUEL DE UNAMUNO

Madrid:
LIBRERIA DE FERNANDO FE
Carrera de S. Jerónimo, 2
1905.

Un ejemplo de dichas interpretaciones es la que expone Unamuno, que piensa en la novela como un depósito de significados latentes e implícitos, los cuales se activarían cuando alguien tañera una determinada cuerda, igual que sucede con el arpa de la rima de Bécquer. Pero será difícil no consentir en que el *Quijote* de D. Miguel (de Unamuno) está adobado de caprichos, como lo indica el hecho de que Unamuno piense que Don Quijote es más verdadero que el propio Cervantes. Al fin y a la postre, el Don Quijote de Unamuno aspira a “ser”, a llenar el hueco de ese que, en la versión de D. Miguel (de Cervantes), dijo aquello tan contundente de “Yo sé quién soy”.

El problema no es si yerra o no Unamuno (y pueden ponerse aquí a cuantos críticos utilizan el mismo procedimiento de proyectar en la novela lo que la novela debe decir), sino si su consideración de la novela cervantina debe sustituir a la que otros hipotéticos lectores pudieran forjarse por ellos mismos en su mente.

Elogiaba Pedro Salinas, en su conjunto de ensayos *El defensor*, a los viejos analfabetos, que pueden ser “personas tan cabales en su humanidad, tan dignas en su conducta y tan atinadas en su juicio como muchos hombres rebosados de instrucción”, frente a los neoanalfabetos de vario signo que, aunque aprendieron a leer, por diversas circunstancias no lo hacen (se refiere Salinas a la lectura de ficción). En el fondo, añoraba Salinas la cera virgen del antiguo analfabeto, especie en vías de extinción, en la que podía imprimirse el sueño ilustrado de la alfabetización universal. Así como Salinas prefería a los analfabetos puros que a la casta, mucho más peligrosa, de los neoanalfabetos, estoy tentado a decir que sería preferible no saber nada del *Quijote* antes que tener la capacidad de la admiración, la compasión y el goce estético saturada de sucedáneos, desactivada ya para la sorpresa, amortizada para la conmoción espiritual. Cierto que ya no regresaremos nunca a aquella condición virginal, correlativa a la categoría de los analfabetos puros, de quienes no han descubierto el *Quijote*, y pueden aún, por tanto, descubrirlo. Sí está en nuestra mano, al menos, no contribuir a ocupar con materiales de relleno el hueco que debe llenar la novela: para que diga su lección, lo más desnuda posible de voces ajenas, en la sensibilidad de quien lee.

Ángel L. Prieto de Paula

EL TERCER CENTENARIO

De todos es bien conocido que la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* se publicó en el año 1605, es decir, hace cuatrocientos años, en el taller de Juan de la Cuesta, situado en lo que hoy es el nº 87 de la madrileña calle de Atocha. No se sabe con certeza en qué mes, pero parece ser que antes de junio y a cargo del editor Francisco de Robles. En España, las instituciones, las sociedades culturales, los estudiosos de la obra, las universidades... han venido ya, a lo largo del año 2004, proyectando y realizando acciones preparatorias para la conmemoración del IV Centenario. No es mi propósito en este artículo acercarme al *Quijote* para investigar o polemizar sobre su sentido, tan diversamente interpretado, (parodia de los libros de caballería, exaltación del idealismo o burla escéptica del mismo, apariencia frente a realidad, pesimismo / optimismo, etc), ni para comentar cualquier otro aspecto relacionado con sus páginas o con su autor. La curiosidad me ha llevado a interesarme por los actos que marcaron más significativamente la anterior celebración, la del tercer centenario.

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA,
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.
Año, 1605.
CON PRIVILEGIO,
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, Librero del Rey nuestro señor.

Estamos, pues, al inicio del siglo XX, un siglo marcado todavía por las ideas y los aconteceres de la última década del siglo XIX: Freud, Einstein, Marx; y en España, además, por la intelectualidad de los escritores y pensadores del 98. En este año de 1905, se recrudece en Rusia el movimiento huelguista para reclamar una serie de reformas sociales y políticas que se salda con los acontecimientos del “domingo sangriento” y que, junto al grave motín del *Potemkin*, inician el camino a la revolución; Noruega se separa de Suecia; finaliza la guerra ruso – japonesa a favor de Japón tras la caída de Port Arthur; se instala la luz eléctrica en las Ramblas barcelonesas; mueren Julio Verne, Juan Valera y José María Gabriel y Galán y nacen el escritor y filósofo francés Jean Paul Sartre y el bioquímico español Severo Ochoa; el corredor automovilístico Fréderic Dufaux establece un récord de velocidad al alcanzar con su nuevo coche de carreras la de 156’52 km / hora; se propone en España la formación de una liga antiduelista; en Gran Bretaña los mineros del carbón menores de 18 años consiguen la jornada laboral de ocho horas; en Francia se acepta la de nueve; el capitán Ferber realiza en Meudon el primer vuelo europeo con un aparato a motor; en Osuna, Sevilla, los campesinos, movidos por el hambre, asaltan los cortijos y se apoderan de las ovejas; un albañil gana 3’46 ptas/día, el pan le cuesta 0’40, la leche 0’60, la carne de vaca 2’30 ptas el kilo; se encuentra en el Sur de África el mayor diamante del mundo, el *Cullinam,* cuyo peso en bruto es de 3.105’75 quilates. En el mes de mayo, de este 1905, se celebra institucionalmente el tercer centenario del *Quijote*.

La convocatoria y celebración de este centenario presenta la originalidad, respecto a otros centenarios relacionados con la Literatura, de conmemorar la publicación de

una obra, independientemente del nacimiento o la muerte del autor. No sé si este hecho, este enfoque de una efemérides, ocurre con alguna otra obra famosa de la literatura, pero, aunque así fuera, no es lo habitual. Lo habitual es recordar al escritor y a toda su obra. Esto nos puede dar idea de la gran repercusión que, sobre todo, desde el siglo XVIII, fue adquiriendo el *Quijote*, y me lleva a lanzar las preguntas que muchas veces se han hecho los críticos: ¿a pesar de la fecunda obra de Cervantes, cuál sería su fama y su puesto si no hubiese creado al Ingenioso Hidalgo? o, también, ¿ha anulado o disminuido el *Quijote* la fama del resto de la obra cervantina?; ¿es más famoso Don Quijote que Cervantes, como parece apuntar Unamuno? No es objetivo de este artículo caminar en ese sentido, pero sí abundar en la idea de la gran trascendencia de esta obra, que ha colocado a Cervantes en la cumbre de la literatura universal y que se puso ampliamente de manifiesto en los actos y publicaciones de 1905.

Entrando ya en lo que fue la conmemoración del III Centenario de la publicación de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, conmemoración, por cierto, bastante popular e institucionalizada, quiero distinguir las lecturas y acercamientos literarios a la obra, generalmente ensayos, de otras actividades de índole socio-cultural, convocadas y desarrolladas por las instituciones públicas, principalmente en Madrid y en Alcalá de Henares, lugar de nacimiento de Cervantes. Entre los principales actos, además de un número considerable de ensayos, conferencias, artículos de todo tipo, poesías, fiestas, concursos, certámenes literarios y artísticos, biografías de Cervantes, ediciones y traducciones del *Quijote,* (como la primera realizada en Mallorca por n'Ildefonso Rullàn en la imprenta d'en Bartoloméu Rèus) y monumentos conmemorativos, como la escultura que la ciudad de Alcoi inauguró el día 8 de mayo, dedicada a Cervantes, o el bajorrelieve del escultor Bañuls, instalado en la fachada del Ayuntamiento de Alicante, referido también al insigne autor. Además de todos estos actos, insisto, cabe destacar una exposición cervantina realizada en la Biblioteca Nacional de la que se imprimió un catálogo ilustrado de 94 páginas, y también el discurso de Juan Valera, escrito por encargo de la Real Academia Española, que conmemoró la efemérides con una sesión solemne y pública. El discurso, inconcluso, fue leído por don Alejandro Pidal y Mon, ya que a Valera le sobrevino la muerte antes de finalizarlo.

Pero, quizá, desde un punto de vista popular, el acto más brillante y multitudinario lo constituyó una retreta militar organizada por la guarnición de Madrid que tuvo lugar el día 7 de mayo. Partió el desfile de la llamada Plaza de Castelar y después de recorrer las calles de Alcalá, Puerta del Sol, Mayor y Bailén, desembocó en la Plaza de Armas del Palacio Real, en la que los músicos interpretaron varias piezas. La Familia Real fue testigo especial del acto. Varias carrozas figuraban en el cortejo de la retreta: la de los vinateros, la del gremio de tejidos, la del Círculo Mercantil, la de la Diputación; pero la más alabada fue la *carroza-farola*, proyectada y realizada por el escultor Algueró. Constaba de tres cuerpos: uno de ellos, la base, representaba un castillo almenado en donde aparecían las fechas de1605 y 1905 y los escudos de España y Madrid. El segundo cuerpo tenía la forma de un pedestal, también almenado, en el que sostenido por ángeles se muestra el busto de Cervantes; delante de él, un escudo con la dedicatoria " A Cervantes, el ejército". En la parte posterior, un recuerdo al Quijote: libros de caballería atravesados por una espada; sobre ellos, un

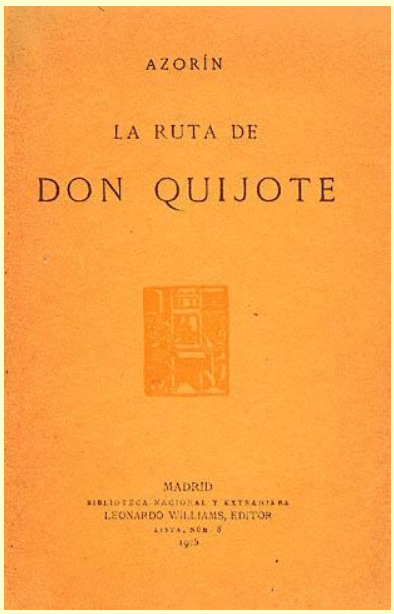
casco y un yelmo. El tercer cuerpo, el más representativo del centenario, estaba constituido por una columna y una farola del siglo XVI. En la columna, abierto, el libro del *Quijote;* en la página izquierda, se podía leer el título; en la derecha, una máxima. En su interior, la farola llevaba unas lámparas comunicadas que iban emitiendo luces de color rojo, amarillo y verde[1].

Madrid 15 de Mayo de 1905 NÚM. XVIII

REVISTA MILITAR.—LA CARROZA-FAROLA.

El 1 de mayo de 1905, para conmemorar el centenario, se pone en circulación una emisión de sellos dedicada a Cervantes y a su insigne obra. Es curioso destacar que esta emisión es la primera de las que se llamarían series conmemorativas y temáticas, pues hasta entonces y desde el 1 de enero de 1850, fecha de la primera emisión de sellos nacionales, sólo se habían utilizado las efigies de los reyes y reinas, el escudo de España, alegorías diversas, etc. pero no efemérides o temas culturales. Esta serie está compuesta por diez sellos de diferentes colores y valores, desde 5 céntimos a diez pesetas, con la efigie de Cervantes en todos ellos y diferentes motivos del Quijote: salida del hidalgo, ataque a los molinos, escena de aldeanos, manteo de Sancho Panza, cuando Don Quijote es armado caballero, ataque al rebaño de ovejas, Clavileño, la aventura con los leones, la vuelta de Don Quijote en el carro, y el encuentro con la dama encantada.

Dentro del panorama de las letras, el tercer centenario supuso la publicación de un ingente número de libros y artículos en los que el *Quijote* fue objeto de comentarios, análisis e interpretaciones muy diferentes. Grandes maestros como Azorín, Unamuno, y, en menor medida, Antonio Machado, Rubén Darío, Ramón y Cajal y Marcelino Menéndez y Pelayo enviaron a la imprenta en 1905 su contribución personal al centenario, en gran medida marcada por la influencia del 98 o, quizá, por el peso que el "quijotismo" tuvo para la intelectualidad de fin de siglo. Azorín escribe *La ruta de Don Quijote*, (Madrid. Librería Nacional y Extranjera, 1905) donde plasma su recorrido particular por los principales lugares de la Mancha en los que se desarrolla la novela: Argamasilla, Ruidera, la cueva de Montesinos, los molinos, Puerto Lápice, el Toboso..., y también algún que otro artículo editado ese año en *ABC*. Unamuno es el autor de *Vida de Don Quijote y Sancho*. (Madrid, Librería de Fernando Fe, 1905). En esta obra, hace una glosa subjetiva de cada uno de los capítulos y, a juicio de algunos críticos, *El Quijote* adquiere para él más importancia que Cervantes, tanto es así que llegó a declarar que el principal defecto de la obra consistía en no haber sido una obra anónima como el *Romancero*. Unamuno ve representada en la obra cervantina el alma nacional, la esencia española, y se lamenta de que los males de España radiquen en la escasez de quijotes. El mismo año aparece, en el



[1] Publicado en la revista *La Ilustración Española y Americana*. Madrid, 15 de mayo de 1905. nº XVIII. La fotografía de la *carroza-farola* se debe al fotógrafo Muñoz Baena.

número 196 de “La España Moderna”, su artículo, *Sobre la lectura e interpretación del Quijote*. Antonio Machado, por su parte, escribe en la revista “La República de las letras” un encarecido elogio a la obra de Unamuno. También son de destacar las 24 conferencias impartidas por diferentes personalidades en el Ateneo de Madrid y luego publicadas en un volumen en la imprenta de Bernardo Rodríguez. Entre ellas: *Don Quijote en casa del Caballero del Verde Gabán*, de Azorín; *Don Quijote y el pensamiento* español, de Adolfo Bonilla y San Martín; *¿Es un libro esotérico el Quijote?*, de Rafael Urbano; y las célebres *Letanías de Nuestro Señor Don Quijote*, de Rubén Darío.

La pregunta “*qué significa el Quijote”*, que había invadido el panorama ensayístico de finales del siglo XIX, se incrementa con el incentivo del centenario y, a su sombra, surge un impresionante abanico de libros y artículos que intentan dar respuesta a este interrogante. Dejando a un lado los ensayos de índole filológica, casi inexistentes, (por ejemplo, *El Quijote y la Lengua Castellana*, conferencia de Julio Cejador en el Ateneo madrileño), se pueden establecer dos enfoque principales: el de los esotéricos y el de los profesionales. Los primeros, herederos de Nicolás Díaz de Benjumea y de Clemencín, se mueven alrededor de interpretaciones oscuras y extrañas, fuera de todo rigor, puras fantasías, que parecen buscar sólo el personalismo y la originalidad. Desde esta perspectiva, se pueden entender interpretaciones tan variopintas como que “*Dulcinea* significa ‘luz en idea’; *Dorotea* es ‘la tea del oro’; *Quijote* se deriva de ‘¡qué hijote’; *Cardenio* viene de ‘cardenal’ y envuelve una sátira contra el pontificado; el retablo de maese Pedro predica odio á los reyes y amor al gobierno republicano; el escrutinio de la librería, una burla del tribunal de la Inquisición...”[2]. A los segundos, los guía el afán de relacionar *El Quijote* con aspectos profesionales de la medicina, la política, el derecho, etc... En este sentido fueron muy numerosos los artículos, las conferencias, los libros que se publicaron. Cito a modo de ejemplo: *Referencias legales y jurídicas en el Quijote* de Augusto Martínez Olmedilla, en “España Moderna”, nº 197, 1905; *Enfermedad cerebral de Don Quijote* de Arturo Buylla, en “Nuestro Tiempo”, nº 55, 1905; *Don Quijote anarquista* de Alfredo Calderón, en “La Publicidad”, mayo de 1905; *Algunas ideas del Quijote aplicadas a la doctrina fundamental de la administración* de. José Mª Llorente, Valladolid, 1905; *La Locura de Don Quijote* de Manuel Lassala, Castellón. Barberá y Bastida, 1905; *Psicología de Don Quijote y el Quijotismo* de Santiago Ramón Y Cajal, Madrid. N. Maya, 1905.

Quiero finalizar recordando aquellos versos de la *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*, que Rubén Darío escribió para esta celebración, y en los que parece hacer referencia al ingente y variopinto número de interpretaciones que la obra ha padecido y que suponemos seguirá apareciendo a lo largo de este 2005, en el que festejamos el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

¡Tú para quien pocas fueron las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Rafaela Lillo

[2] Prólogo del Dr. Thebussem en Asensio José Mª. *Cervantes y sus obras*. Barcelona, 1902 F Seix, editor.

Semblanza de Don Miguel de Cervantes

Retrato de Cervantes, Baudry. París, 1841

La fama de un hombre ilustre
cantar quiero en mi romance
y exaltar la gloria excelsa
de Don Miguel de Cervantes.
Según las crónicas viejas
nació en Alcalá de Henares
estudiando en Salamanca,
tierra de cultura y arte,
Universidad famosa
de Ciencias y Humanidades.
Su vida estuvo forjada
por cien gestas militares,
y aventuras y quebrantos
y sufrimientos y afanes.

Manco se quedó en Lepanto,
que fue la hazaña más grande
y la más alta ocasión
de las antiguas edades.
Lo tuvieron en Argel
preso en muy lóbregas cárceles,
de las que intentara huir
trazando infinitos planes,

aunque fracasaran todos
por traiciones y crueldades.

Fue liberado. Y no tuvo
pan con el que sustentarse,
ni protección, ni esperanza,
ni la ayuda de los grandes.
Pasó por varios oficios,
todos ellos miserables,
y fue detenido y preso
en Sevilla, en la adorable
tierra del Guadalquivir,
donde, se dice y se sabe,
inició, con sumo acierto
la obra que habría de darle
el gran reconocimiento
de las futuras edades.

La poesía cervantina
y la prosa inigualable
nos hablan de un hombre libre,
inteligente y amable,
cortés, galante y discreto,
que vivió calamidades,
reveses de la fortuna,
días y noches de hambre,
penalidades injustas
y traiciones y maldades.
Defensor de los humildes,
menesterosos o infames,
así es como fue siempre
y sigue siendo Cervantes.

Fue en una sucia taberna,
sobre una mesa, una tarde,
con la tinta del tintero
y ademán muy firme y grave,
que la novela escribió
contra los mil disparates
de las historias llamadas
de caballería andante,
con el fin de que mentiras
y patrañas se acabasen.

El libro es “Don Quijote”
y comienza con la frase:
“En un lugar de la Mancha
de cuyo nombre no quiero
acordarme...”

Francisco Alonso Ruiz

Yo no recuerdo el nombre de la aldea

Yo no recuerdo el nombre de la aldea,
donde viviera aquel manchego hidalgo
de rocín flaco dueño, veloz galgo,
y una adarga colgada en la azotea.

El ama es limpia y la sobrina fea,
y la despensa siempre abunda en algo.
De Cide Hamete es de quien me valgo
para contar la historia a quien la lea.

Le dio por conocer las aventuras
y las desatinadas desventuras
de tanto osado caballero andante.

La locura su espíritu le ensancha:
A su rocino llama Rocinante
siendo él Don Quijote de la Mancha.

Francisco Alonso Ruiz

SIERRA MORENA Y MONTESINOS
De la cima de la ilusión a la cueva del desengaño

Para cualquier lector atento resulta, cuando menos, sorprendente la cantidad de relaciones antitéticas que puede advertir entre las dos partes del *Quijote*, de manera que, más que mera continuación, el texto de 1615 semeja un reflejo invertido del de la primera. El sutil cambio que advertimos en el segundo título es ya una indicación sugerente, pues desde él se convierte en "caballero" al hidalgo chiflado de 1605; ascenso estamental que se debe, no a la investidura grotesca representada por el ventero en el capítulo tres, sino a ser protagonista de un libro de caballerías verdadero. Porque si la segunda parte existe, no es sólo porque se haya escrito la primera –como es de Perogrullo-, sino porque se ha publicado, lo que se convierte en su asunto central y en el motor de todas sus actuaciones: el personaje, antes desconocido, ha alcanzado la fama al haber sido divulgadas sus aventuras en letra impresa, y al haber sido publicadas numerosas ediciones. Don Quijote emprende, junto con un Sancho Panza más discreto, su tercera salida, y lo hace ahora como personaje conocido sobre el que pesan las acciones y los discursos puestos en letras de molde, acciones y discursos que ha de superar teniendo como guía y norte la práctica de la virtud. Quedan ya lejanos el hidalgo que "pierde el juicio" y el rústico labrador "de muy poca sal en la mollera". La dilatada conversación entre un loco y un simple ha alcanzado una altura inimaginable en el capítulo siete, cuando deciden salir a buscar aventuras.

Todo buen caballero andante gana honra con sus acciones y embellece su alma con el amor. El deseo de don Quijote es el de "hacer bien a todos y mal a ninguno", pero este propósito, tan sencillo y encomiable, se convierte en problemático porque "andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto". Esta frase la pronuncia el hidalgo entre las abruptas rocas de Sierra Morena, en el capítulo veinticinco de la primera parte. Es este capítulo un momento central –por su situación entre los cincuenta y dos del libro- y culminante, por elevación geográfica y temática. Desde la altura de dicha Sierra, el personaje afirma su mundo siguiendo el procedimiento literario de la imitación compuesta, en virtud de la referencia al episodio de Amadís en la "Peña Pobre", cuando muda su nombre por el de Beltenebros, mezclado con el trágico suceso de las "locuras de Orlando", producto de la insania que en el héroe carolingio causó la traición de Angélica. Son dos episodios pertenecientes a sendas tradiciones, la artúrica y la carolingia, pero unidos por el tema del amor; y todo ello ha de obligar al personaje a delatar el sentido y la procedencia de su propio amor -la tradición literaria cortesana que critica-, junto con el referente real: Aldonza Lorenzo, una lugareña "de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni le dio cata dello" (I, 1). Con tales elementos –referente real y tradición literaria- el personaje puede concluir: "Yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo". Es el procedimiento habitual que sigue en el libro de 1605: acomodar la realidad a su imaginación, siendo ésta solidaria de su necesidad.

La cumbre de Sierra Morena es el lugar en el que don Quijote sueña despierto y donde, con entusiasmo juvenil, afirma su mundo, construido, desde su voluntad, con motivos y elementos de la literatura heroica: personajes, encantamientos, amores… Opuesta a la "cima" de la primera parte es la "sima" a la que desciende en el capítulo

veintitrés de la segunda: la Cueva de Montesinos, de cuya profundidad es izado, “con muestras de estar dormido”. Antes de referir las maravillas que aquel lugar encierra, resume con palabras melancólicas una lección de la sabiduría lograda: “ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo”.

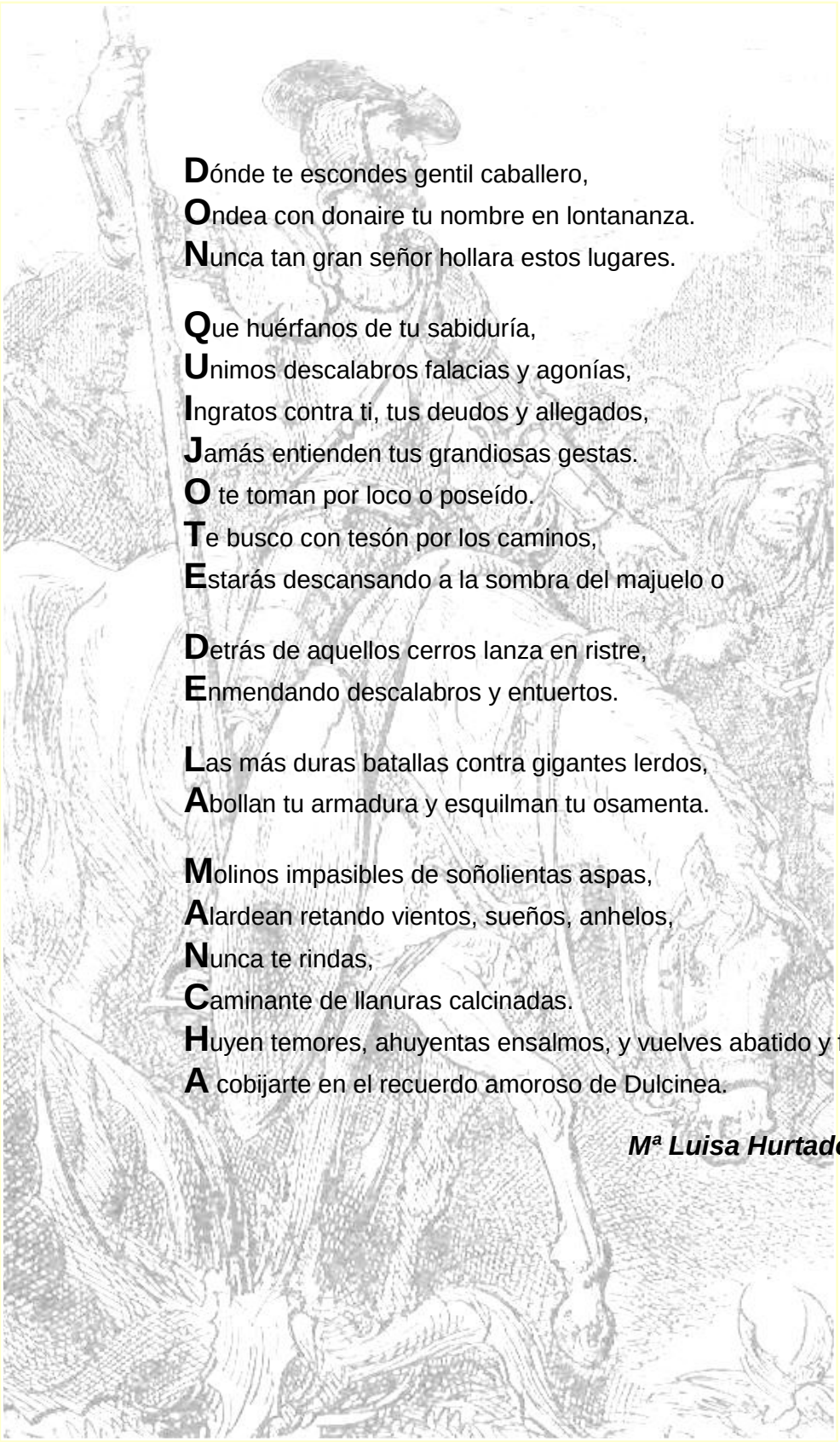
Aparecen con claridad las relaciones entre los dos capítulos: la cima se convierte en sima, y el sueño despierto es ahora el sueño del hombre que, dormido, desciende al fondo de sí mismo para revelar el profundo calado de su decepción. El entusiasmo juvenil se ha convertido en el desengaño de la madurez, y la melancolía, que era fingida por imitación de Amadís, es ahora un sentimiento propio, asumido como resultado de su experiencia. Los elementos contenidos en este episodio son de la misma índole que en el anterior: artúricos y carolingios. Representativos de éstos son las figuras de Montesinos, Durandarte y Belerma; de aquéllos, la del sabio Merlín, quien les tiene allí encantados, aunque, según declaran, “el cómo y el para qué nos encantó nadie lo sabe”. Tampoco se confía en la eficacia de la acción del caballero, pues hasta el mismo Durandarte, que yace muerto sobre su túmulo, no tiene esperanza en el buen fin de la empresa y, con voz “desmayada” que viene de otro mundo aún más allá, se resigna exclamando: “paciencia y barajar”.

En ese mundo subterráneo ya nada es bello, ni joven, ni vigoroso: el corazón de Durandarte, que Belerma saca en procesión “cuatro días en la semana”, el mismo que Montesinos puso en sal para llevarlo “amojamado”, es “un corazón de carnemomia”; la señora es fea, “cejijunta y la nariz algo chata”, sus dientes “mostraban ser ralos y no bien puestos” y en su cara destacaban “sus grandes ojeras” y “su color quebradiza”. El mismo Montesinos no es un guerrero, sino un “venerable anciano”, cuya barba, “canísima, le pasaba de la cintura”; iba vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba”; llevaba además una “beca de colegial, de raso verde”, una gorra milanesa y un rosario de cuentas, “mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz”. Lo grotesco se une con lo absurdo, y todo culmina con la aparición de Dulcinea, la misma que vio convertida en una ruda campesina, quien, junto con sus damas, pasaba su encantamiento haciendo cabriolas y siendo víctima de la necesidad. Necesidad tan apretada que le obliga a enviar a una de sus dos compañeras a pedir prestados a don Quijote seis reales, dejándole como prenda un faldellín de algodón. Si el caballero no puede socorrer a los encantados, tampoco puede satisfacer a su señora, pues no tiene más que cuatro reales, que muy generosamente le da, sin tomar la prenda.

La belleza del mundo caballeresco se ha marchitado “como la flor del campo”; ese mundo es ya absurdo, viejo, de carnemomia –como el corazón amojamado de Durandarte, quien tampoco es un caballero, sino el nombre de la espada de Roldán-. Es un sueño irrecuperable; ha perdido lozanía y vigor. El desencanto y la desilusión se manifiestan en el ánima de un hidalgo anciano, chiflado, débil, a quien su sobrina había advertido de la imposibilidad de convertirse en caballero, “porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres” (II, 6). El personaje es consciente de la inutilidad de sus esfuerzos. Lo sorprendente es que aún queda mucho para su fin: estamos en el capítulo veintitrés y la vida de Alonso Quijano acaba en el setenta y cuatro. Hasta entonces han de pasar muchas cosas, y ha de mantenerse en pie. Podrá sobrellevar su aguda crisis de fe creyendo con ingenuidad en los engaños de los malintencionados y sintiendo todavía la verdad de la fuerza que le empujó a la acción: la fuerza de la literatura, la misma que nos impulsa a nosotros a sentir como algo importante en nuestras vidas aquellos dos tomos que hace cuatro siglos escribió un viejo alcabalero de poco prestigio y muchas desdichas.

Miguel Ángel Lozano

Dónde te escondes gentil caballero



Dónde te escondes gentil caballero,
Ondea con donaire tu nombre en lontananza.
Nunca tan gran señor hollara estos lugares.

Que huérfanos de tu sabiduría,
Unimos descalabros falacias y agonías,
Ingratos contra ti, tus deudos y allegados,
Jamás entienden tus grandiosas gestas.
O te toman por loco o poseído.
Te busco con tesón por los caminos,
Estarás descansando a la sombra del majuelo o

Detrás de aquellos cerros lanza en ristre,
Enmendando descalabros y entuertos.

Las más duras batallas contra gigantes lerdos,
Abollan tu armadura y esquilman tu osamenta.

Molinos impasibles de soñolientas aspas,
Alardean retando vientos, sueños, anhelos,
Nunca te rindas,
Caminante de llanuras calcinadas.
Huyen temores, ahuyentas ensalmos, y vuelves abatido y feliz,
A cobijarte en el recuerdo amoroso de Dulcinea.

Mª Luisa Hurtado

Sancho

Para captar la fe del personaje,
acompañante rudo,
estoico portador del equipaje,
del ilusorio y onírico bagaje
que Don Alonso pudo
emplear en su viaje,
atémonos el nudo

de la fidelidad sin condiciones.
Que el valor de la andanza
que propició las bizarras acciones
de una de las más sólidas uniones
radica en Sancho Panza,
que, por muchas razones,
es digno de alabanza.

Trató con eficacia las heridas,
bálsamo lenitivo.
Fiel compañero en idas y venidas,
vital en aventuras compartidas,
escudero de un divo.
Un manchego Rey Midas
bajo ramas de olivo.

María José Arques

El amor de Don Quijote

Don Quijote jamás viera a su amada,
él amó a Dulcinea sólo de oídas,
y sólo en las palabras repetidas
pudo ver su belleza retratada.

Sólo en su mente estuvo aposentada
la imagen en que estaban contenidas
las más bellas y dulces y queridas
prendas de aquella amada imaginada.

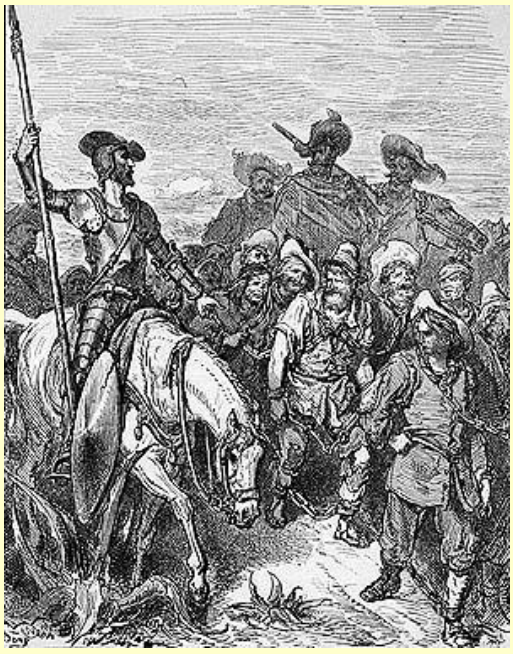
Y su amor es tan fiel e indestructible
que aunque su amada vaya en un pollino
y labradora lo parezca y sea

el caballero juzga lo visible
falso y mendaz y artero desatino
de algún encantador de Dulcinea.

Manuel Parra Pozuelo

DON QUIJOTE PREGUNTA

Que la vida iba en serio uno lo empieza a comprender más tarde, escribió Gil de Biedma. Y más tarde uno empieza, también, a comprender la impronta libertaria de Alonso Quijano cuando, con *Don Quijote* como nombre de guerra, pregunta a los futuros galeotes sobre la categoría de sus transgresiones, nunca tan graves como el peso de sus cadenas, arrastradas sin esperanza hacia las galeras del rey.



Más tarde, y no a los diez años, se descubre la grandeza de un libro que, para mí, fue castigo de obligada lectura en la escuela nacional de la colonia Virgen del Remedio, dentro de un barracón con paredes de adobe y techo de uralita, que todos sufríamos como una galera infernal en verano y antártica en las otras estaciones.

Al leerlo de nuevo, después de haber vivido varias décadas, se revela el misterio de un libro vencedor del tiempo. La criatura de Cervantes está de nuestro lado. A gente sin cabalgadura como nosotros don Quijote nos advirtió del futuro que nos aguardaba; desde el principio, porque ya entonces éramos, antes que adolescentes, galeotes de un porvenir precario, frágiles asalariados stajanovistas, almas hipotecadas y manipulables, conciencias que transitarían adormecidas en la cadena de producción. Ningún caballero andante nos libraría de nuestro destino.

En sus páginas latiendo la verdad y la mentira, el sueño poético y la realidad prosaica en la que nos movemos como turbinas ruidosas. La vida para muchos se reduce hoy a una cadena de presos conducida por burócratas cobardes, a un porvenir de galeras en las que siempre cumplen condena gentes sin fortuna; como ese saltimbanqui razonable que se presenta a sí mismo con precisión cinematográfica: *Sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares*.

Una vida escrita con los dedos, los mismos que aprietan los gaznates y abren las bolsas ajenas. Manos abiertas o cerradas en puño que lo explican todo. Manos que matan, sucias; manos limpias que mandan matar. Manos que aman, que tocan, que lloran. *De l'home miro sempre les mans*, canta Raimon. Los galeotes que libera don Quijote proclaman que fueron condenados por escribir, por amar, por confiar en el prójimo... Motivos últimos por los que cometieron sus quebrantos legales.

Y más tarde, mucho más tarde, se comprende con Cervantes que las grandes preguntas siguen sin respuesta; que la vida pierde su sentido si no somos audaces y nos echamos al monte; que don Quijote, con su ensoñación de hombre justo, nos advierte que *la verdad ha de saltar siempre sobre la mentira como el aceite sobre el agua,* y que en esa premisa moral, en esta posición ética, la humanidad se juega su existencia. Porque la liberación de los galeotes sigue conteniendo el sueño de la justicia, de la fraternidad entre los seres humanos. ¿Qué debemos hacer? Tolstoi,

Lenin... buscaron la respuesta. Pero la gran pregunta sigue titubeando en el viento. ¿Qué hacer para que dejen de existir los galeotes? ¿Liberarlos, o condenarlos a la transparencia y actuar como si no existieran? ¿Qué hacer para que nadie pueda convertirnos en esclavos, en remeros de naves alienadas o en estibadores de la rapiña?

Al final, tras leer el *Quijote* con la experiencia de la vida madura, se comprenden muchas de las razones que nos ayudan a seguir creyéndonos seres humanos. Y el libro persigue nuestra incógnita: ¿Para qué vivimos? ¿Cuál es la razón que nos mueve? ¿Cómo mirar a la vida de frente, sin tapujos cobardes, cuando sabemos que, al término del capítulo XXII, nos quedaremos solos, derribados por una *borrasca de piedras*, y entristecidos como don Quijote *al vernos tan malparados por los mismos a quien tanto bien habíamos hecho?*

Mariano Sánchez Soler

DON QUIJOTE EN EL ESCENARIO

Don Quijote ha cabalgado mucho sobre los escenarios. Más de lo que solemos imaginar y es habitual para una novela que, por sus características, no invita con facilidad a la versión teatral. Pero su fama y trascendencia han concitado la atención de numerosos teatreros que en diferentes épocas han llevado las andanzas del caballero y su escudero a los escenarios españoles y de otros países.

Sin necesidad de consultas bibliográficas y a modo de simple espectador, recuerdo casi una docena de versiones representadas a lo largo de las dos últimas décadas. Y sin apenas denominadores comunes al margen del punto de origen, pues desde espectáculos de títeres, que tan sólo requerían una tabla de un metro, hasta auténticas superproducciones musicales todo es posible cuando se trata de un caballero cuyas andanzas tan múltiples lecturas admiten.

Esta diversidad, realmente curiosa y sin parangón con otras obras clásicas españolas, no debe preocuparnos. La obra de Miguel de Cervantes es patrimonio de sus lectores, entre los que se encuentran estos autores de teatro dispuestos a imaginar a una pareja, Don Quijote y Sancho Panza, que por su simple existencia ya plantea un posible conflicto de virtualidad dramática. Su concreción depende de numerosos factores y responde a los muy distintos objetivos que se pueden dar en los correspondientes montajes. Pero, en ningún caso, conviene establecer una línea única o recomendable para abordar la inmortal novela que, por serlo, se renueva cada vez que es interpretada, adaptada o simplemente leída con un mínimo de intención creativa.

No obstante, entre los montajes que he tenido la oportunidad de ver, yo distinguiría dos grupos: A) los que pretenden ilustrar la novela mediante la acción dramática y B) aquellos que parten de la obra para plantear una reflexión tan propia como peculiar. Prefiero los segundos. No desaconsejo la conveniencia de contar con montajes que, de modo didáctico y resumido, dramaticen lo esencial de la novela. Pueden ayudar a

recordarla y hasta incitar a su lectura, pero siempre conservan el lastre de lo esquemático, de la necesaria poda de un árbol demasiado rico. Y, sobre todo, apenas añaden algo nuevo a un espectador medianamente familiarizado con la novela cervantina. Los veo adecuados en un ámbito escolar, como forma de popularizar unos personajes cuya comprensión cabal escapa de las capacidades habituales de los muchachos. Conviene que, al menos, les suenen unas figuras emblemáticas que tal vez algún día conozcan en su compleja totalidad. Pero cuando hablamos de un teatro comercial o público estos espectáculos me resultan pobres, esquemáticos y, en el mejor de los casos, son un buen recordatorio de lo ya conocido. Poco para tanto esfuerzo.

Sin embargo, he disfrutado con algunos montajes que han tomado la novela cervantina como punto de arranque para una creatividad específica o para un auténtico ejercicio de reflexión. En este sentido recuerdo con entusiasmo una versión para títeres realizada por el grupo valenciano Bambalina Titelles a principios de los noventa. En una pequeña mesa y con unos elementos básicos eran capaces de recrear una historia que, en ese formato, cobraba un nuevo sentido. Un profundo conocimiento de la obra original, una capacidad para seleccionar lo fundamental de acuerdo con las características plásticas del espectáculo y un sentido de la síntesis dramática hacían posible el milagro de ver en tan reducido espacio las andanzas de Don Quijote, no menos espectaculares por próximas y menudas en cuanto a las dimensiones físicas.

También recuerdo la versión preparada por Maurizio Scaparro y Rafael Azcona que por aquellas mismas fechas, eran los fastos del 92, se representó por los teatros de España e Italia. En aquella ocasión, la oportunidad de disfrutar del merecido vedetismo de Josep Mª Flotats ya merecía la pena. Pero, si se añadía la sabiduría de tan probados adaptadores de clásicos como los citados, se contaba con la seguridad de ver una versión que nos llevaba de nuevo a lo esencial e imprescindible de la novela. Sin embargo, y a pesar de la desgraciada intervención de un saltarín Pedro Ruiz en el papel de Sancho Panza, recuerdo con más agrado la versión que de las andanzas de la singular pareja preparó por aquellos mismos años Alfonso Sastre. Él también estaba molesto con el popular y polifacético personajillo televisivo, pero era la única manera de acceder a los escenarios que tenía una obra donde, como no podía ser de otra manera dada la personalidad del autor, se aprovechaba la novela original para algo más que ilustrarla o resumirla: era una invitación a la reflexión vinculada con nuestro presente, la gran fuerza que como clásico tiene el relato cervantino.

Ya en estos últimos dos años hemos tenido la oportunidad de ver otros montajes cervantinos. Algunos tan divertidos y de palpitante actualidad como el realizado por Els Joglars a partir de *El retablo de las maravillas* y otros que, con distinto acierto, han tendido más a la ilustración de los pasajes especialmente conocidos y recordados de la novela que, ahora, cumple sus cuatrocientos años. Supongo que con tal motivo la avalancha va a ser inevitable, y temible en ocasiones. En cualquier caso, espero que los teatreros no pretendan descubrir el Mediterráneo o aprovechar, de manera descarada, la ocasión para salir del paso con rapidez mediante montajes que nos recuerden lo obvio. Sería preferible que se trajera a nuestro mundo intelectual y creativo la enseñanza quijotesca y sanchopancesca, siempre fresca cuando se observa un entorno donde las constantes son más frecuentes de lo que pretendemos cuando nos apegamos al presente. Tal vez así tendríamos nuevas respuestas gracias a Miguel de Cervantes y, sobre todo, la posibilidad de abrir nuevas interrogantes. Es decir, lo que corresponde a una obra clásica en el más estricto sentido.

Juan Antonio Ríos Carratalá

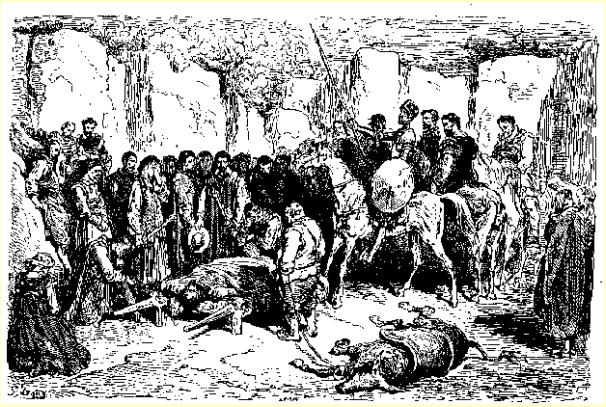
Caballero al fin

Se columbra en la llanura a Don Quijote,
por su triste figura conocido.
Cabalga en su locura a Rocinante
que, de no probar bocado y de cansancio,
“metafísico” va cruzando hijuelas.
Este hidalgo, Alonso de Quijano,
insensato ilusionista de deseos,
ausente de locura, enamorado,
deambula por tahúllas despejadas;
lanza en ristre
y enderezando entuertos
de damas y villanos encantados.
Dejándose llevar le sigue Sancho.
En esta dura brega,
creerle necesita
en sueños e ilusiones,
y en extrañas promesas,
de momentos insomnes de arrebato.
Gobernar una ínsula le ofrece,
y elevar a Teresa a doña Panza.
Fantasías por doquier repartidas,
que inundan al pragmático de Sancho.

Mª Amparo Benito Díez

La libertad de Marcela: Acrósticos

Gimo y duelo por mi amada,
Roto el corazón, herido,
Insano y desfallecido,
Solo, en esta encrucijada.
Oh, esta ingrata despiadada!
Sabes, acaso, que quiero
Tramar loco desafuero?
Oh, Marcela, cruel pastora!,
Muero en esta negra hora;
Olvidado de ti, muero.



Entierro de Grisóstomo

Acusaste a Marcela de crueldad,
Maldijiste su hacer y su hermosura,
Basilisco ante todos la llamaste,
Recordando su voz altiva y dura.
Observa al famoso don Quijote:
Su reflexión, frente a esta desventura,
Insta a salvar el honor de Marcela;
Obcecada injusticia es tu bravura.

Para que esa maldad que tú me inculpas
Ambrosio, de una vez quede aclarada,
Sabrás que en mi intención no ha habido nada,
Tal, que en mi proceder infiera culpas
O que me obligue a dar necias disculpas.
Recoge tu palabra desbocada.
Abandona esa rabia, esa cruzada.
Mas mírame a los ojos, y no esculpas
Afrentas en el viento de mi fama.
Reconoce "cuán fuera de razón"
Crece la queja de este desatino.
¿**E**sperabа Grisóstomo atención,
Loco de amor por esta libre dama?
Amaré cuando quiera mi destino.

Rafaela Lillo

Pastora Marcela

EL TESTIGO PELEÓN

Cuenta Cide Hamete Benengeli, en las notas que no figuran en el libro de aventuras de Don Quijote y Sancho, lo que le sucedió al arriero que se encontraba en la venta que Don Quijote creyó castillo. Fue testigo y parte de lo que allí aconteció.

Cuando encamaron a Don Quijote, la ventera y su hija, muchacha doncella que encandiló al caballero, al que dejó pleno de esperanzas, y la criada de la venta de fermosura negativa y más que dudosa gentileza, acomodáronle en un camaranchón, que había sido pajar, sobre cuatro tablas apoyadas en dos bancos cojos. De colchón una tal que más parecía colcha, por su delgadez, y tapado por frazada que más parecía red. Le emplastaron las heridas y golpes, mientras Maritornes, que así se llamaba la criada, alumbraba con un candil. Todo esto lo contemplaba el arriero desde su rincón, al final del desván, recostado en cómoda cama hecha con jalmas y mantas de sus machos, y no se perdía, curioso, lo que sucedía. Escuchaba los argumentos de Sancho sobre el descalabro del caballero y las pamemas que el caballero realizaba, tratando a las mujeres que le atendían de damas principescas, besándoles las manos. Era el arriero aún mozo, de ardientes ojos moriscos que brillaban en la penumbra. Por el cuido de sus ropas se veía de posición acomodada. Se sabía que en la cuadra guardaba doce mulos, lucios, gordos y famosos. Procedía de Arévalo y se cree que era pariente de Cide Hamete, por lo que éste toma nota cuidadosa de los detalles. Decíamos lo divertido que estaba mirando todo aquello. Mas cuando sólo queda Maritornes atendiendo a Sancho, se siente celoso al ver que la moza no lo mira. Le sisea para llamar su atención. Por señas le recuerda que tienen un trato; la moza asiente. Con anterioridad había quedado con Maritornes que aquella noche se refocilarían juntos. Sólo cabía esperar a que los huéspedes sosegasen, y los venteros se durmiesen. El mozo deja pasar el tiempo. El techo del desván mostraba rendijas y grietas por los que se vislumbraba alguna estrella. Al claror de las luceras, vio que hasta alcanzar la puerta tenía que pasar al lado del labriego, y del caballero desvencijado. Levantóse con sigilo y se dirigió a la cuadra a dar el segundo pienso a su recua. Al regresar, se sumergió en sus sueños voluptuosos. Las excitaciones amorosas que le prodigaría aquella moza, a la que conocía de otras holganzas, no tenían parangón. Es cierto que la moza era fea y mal aseada, pero en cuestiones refocilatorias era más que sabia. Sabía cómo contentar a un mozo y hacerle ver más que estrellas, y saborear ardientes licores, néctares, placeres de dioses. En tanto, el otro soñador, permanecía con los ojos abiertos, esperando expectante la visita de la dulce princesa, hija de los castellanos, que le prometió deleites carnales en cuanto sus padres sosegasen. Yacer con la doncella ponía aflicción en su corazón. No podía ser desleal con su Dulcinea. ¡Qué peligroso trance para su honestidad!

Sancho entre los dos soñadores dormía penando con sus costillas.

Toda la venta está en silencio. Una quietud sedosa arropa los sueños, y exacerba la vigilia de los insomnes. Así es que cuando Maritornes asoma en camisa, tanteando en la oscuridad en busca del arriero, Don Quijote, que estaba a la espera de su princesa, la asió con fuerza de una muñeca y tirando de ella la sentó en la cama. Adivina los ricos adornos, la camisa de fino cendal, el oro de sus cabellos sobre los hombros, el olor delicado a hierbas, y la estrecha fuertemente. Le habla en términos caballeriles. Maritornes forcejea, trata de desasirse, se retuerce dentro de su camisa de arpillera. Vahos rancios y cabellos de cola de buey bermejo. El arriero, que siente el escarceo, acude a rescatar lo suyo, y la emprende a puñetazos con el caballero, ora en la boca, ora en la cabeza, en las costillas. Con tantos golpes se viene abajo el camastro. Al ruido, acude el ventero que piensa son cosas de Maritormes. Ésta se mete bajo la manta de Sancho que al notar lo inusitado del acontecimiento empieza a bracear y patear descubriéndola. Se apaga el candil. En la oscuridad todos se golpean y patean, arman una batahola tal que acude el cuadrillero de la Santa Hermandad, que en la venta se aloja. A la voz de ¡Justicia!, huyen todos menos Don Quijote y Sancho, a los que ven tan mal parados que el justicia dice les atiendan en lo que necesiten.

El arriero en la cuadra cuida sus mulos. Coloca las jalmas y mantas rumiando los sucesos y vigila por si acude el justicia para salir huyendo. Todo en calma, la venta bulle de movimiento y animación. El alba aparece rojiza. Observa como Maritornes sirve vino a unos y a otros. La llama. Acude y le mete una dentellada cariñosa en la nalga y tantea las faldas. Le recuerda que tienen una noche pendiente. Ella ríe glotona. En esto que salen los causantes de su forzada castidad. ¡Qué fachas! Oye al caballero que no quiere pagar y sale por el portón. Sancho queda atrapado por los pelaires, y los tres agujas, gentes maleantes y juguetonas que lo levantan del asno, lo ponen sobre una manta y lo llevan al patio. Lo echan al aire, viéndole subir y bajar con tanta gracia y presteza, dando tales cabriolas dignas del más preciado malabarista. Las risas son carcajadas, las voces de ánimo y vivas atruenan la venta. Desde la tapia vocea el caballero, bien resguardado de lo que pudiera pasar. Cuando se cansan de mantear a Sancho lo montan en su borrico, al que el ventero había quitado la alforja en cobro de la pensión. Compasiva, Maritornes le da de beber y lo conforta. El arriero vuelve con su recua. Se provee de agua y vino para el viaje. Abona su hospedaje. Tienta con afán las carnes de Maritornes y se dirige divertido y gozoso hacia el camino real. Da un grito y una carcajada al aire por los dos entrometidos. El sol raya en la extensa lejanía. El arriero acucia a las bestias. Silba alegremente, mientras se dirige a la vasta llanura.

Airam Lebasi

DULCINEA DEL TOBOSO, IMAGINADA E IMPRESCINDIBLE MOTIVACIÓN DE DON QUIJOTE, TAL COMO PALADINAMENTE CONFIESA EN LA PRIMERA PARTE DE SU NOVELA

Dulcinea es el motivo de las prodigiosas, imposibles y desventuradas hazañas de Don Quijote; ella es la permanente incitación para las hazañas de su caballero, tal como sucede en los libros de caballerías, aunque otros aspectos que concretan los amores de los caballeros andantes no tienen cabida en *el Quijote*. Concretamente, en los libros de caballerías encontramos descripciones de amor carnal entre los caballeros y sus damas que son imposibles de hallar en la novela de Cervantes. Desde esta perspectiva, según las concepciones morales de la época, Dulcinea aventaja a las amadas de los caballeros andantes, ya que no pierde en ningún momento su honestidad, tal como resalta Cervantes cuando pone en boca de Oriana, amada de Amadís, las siguientes palabras:

"! Oh, quien tan castamente se escapara
del señor Amadís, como tú hiciste
del comedido hidalgo Don Quijote ¡
Que así envidiada fuera, y no envidiosa
y fuera alegre el tiempo que fue triste,
y gozara los gustos sin escote." [3]

Siendo precisamente los fragmentos con contenido supuestamente erótico, cuya ausencia en *el Quijote* acabamos de señalar, los que más agradaban a Maritornes, como confiesa en el capítulo XXXII de la primera parte:

> *"y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas y más cuando cuentan que está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo esto es cosa de mieles."*[4]

---

[3] *De la señora Oriana a Dulcinea del Toboso,* Cervantes Saavedra, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes, Editorial Crítica, Barcelona, 1998, pág 27.
[4] Edición citada, pág. 370.

En relación con las ideas de Don Quiote sobre esta cuestión y para constatar su coincidencia con las de los libros de caballería, debe tenerse en cuenta su diálogo con Vivaldo, uno de los pastores que acude al entierro de Grisóstomo, capítulo XII de la primera parte, en el que el caballero de la triste figura proclama, contundentemente, la imposibilidad de la existencia de caballeros andantes que carezcan de dama, afirmando:

> *"digo que no puede ser que haya caballero sin dama, porque tan propio y tan natural es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador o ladrón*"[5]

Hasta tal punto es consciente Don Quijote de la imprescindible necesidad de la dama para todo caballero andante que, cuando en el capítulo primero de la obra decide convertirse en uno de estos caballeros, al mismo tiempo que se asigna un nombre adecuado a su nueva profesión, procede a designar a su dama con otro que no desmerezca del suyo, y así la llama Dulcinea del Toboso, que, a su parecer, era *"Músico, peregrino y significativo*[6], aunque la designada con expresión tan altisonante fuese llamada, hasta ese momento, Aldonza Lorenzo y, lejos de ser una princesa o infanta, era en realidad *"una moza labradora de muy buen parecer de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello"* [7]

En el capítulo segundo, Don Quijote encuentra relación entre su salida y un supuesto y tópico rechazo por la que ya es, en su imaginación, la princesa Dulcinea, y a la que dirige las siguientes palabras:

> *"!Oh princesa Dulcinea, señora deste cativo corazón! Mucho agravio me habedes hecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante vuestra fermosura. Plegaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón que tantas cuitas por vuestro amor padece".*[8]

Y, por supuesto, desde su primera aventura, y antes de comenzar cualquiera de ellas, lo primero que hará Don Quijote será encomendarse a su señora Dulcinea. Como ejemplo de estas invocaciones, transcribimos la primera que hemos hallado, significando que en ningún caso Don Quijote dejará de reclamar la ayuda de su dama, bien antes de iniciar sus supuestas hazañas, bien cuando las consecuencias de las mismas le conduzcan a lamentables situaciones, como cuando Don Quijote va a ser armado caballero, y un arriero intenta llevarse sus armas de la pila donde estaban colocadas y dice a Dulcinea:

> *"Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo*". [9]

Así mismo, cuando Don Quijote consiga una real o aparente victoria o lleve a cabo alguna acción, que sea, a su entender, digna de agradecimiento, enviará a los vencidos o

---

[5] Edición citada, pág. 140.
[6] Edición citada, pág. 44.
[7] Edición citada, pág. 44
[8] Edición citada, pp. 47 y 48
[9] Edición citada, pág. 58

agradecidos al Toboso, para que allí den cuenta a Dulcinea de las valerosas y justicieras acciones de su caballero, tal como sucede en la aventura de los frailes de San Benito, en el capítulo VIII de la primera parte, en la que tras haber, a su entender, liberado a la señora, le pide que se presente a Dulcinea, diciéndole:

> *" y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he hecho".*[10]

Con muy parecidas palabras se dirige a los galeotes, en el capítulo XXII de la primera parte, y, tras haberlos liberado, les dice:

> *"De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciban y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud. Dígolo, porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habéis recibido, en pago del cual querría y es mi voluntad, que, cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso, y os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía a encomendar, y le contéis, punto por punto, todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y, hecho esto, os podréis ir donde quisieredes a la buena ventura".* [11]

La obsesión de Don Quijote por conseguir que todo el mundo reconozca la superioridad de Dulcinea sobre las restantes damas es también el motivo de algunas de sus pendencias y batallas, como en el capítulo IV de la primera parte en el que Don Quijote exige que, sin ver ni conocer a Dulcinea, se confiese y proclame su superioridad sobre las restantes mujeres, incluidas unas supuestas "*emperatrices del Alcarria y Extremadura*"[12]. Este tipo de episodios era frecuente en los libros de caballerías, pero en la inmortal novela de Cervantes se le añaden rasgos cómicos. Así, las palabras de Don Quijote negándose a mostrarles su retrato y manifestando que es, de este modo, como tendrían verdadero mérito, ponen de relieve lo absurdo de la situación.

> "*La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar y defender*" [13].

Es, pues, evidente que las invocaciones a Dulcinea no están ausentes de sus momentos más interesantes, puesto que en todas sus aventuras y adversidades invoca y recuerda a su dama. Hemos recogido en nuestro trabajo alguna de estas invocaciones, y concluiremos transcribiendo la última de la primera parte, que aparece en el capítulo LII y último, en el que Don Quijote, tras recobrar el sentido, quejándose una vez más de su abandono, dice a su amada:"

> *El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, a mayores miserias que estas está sujeto*". [14]

Manuel Parra Pozuelo

---

[10] Edición citada, pág.101
[11] Edición citada, pág. 246
[12] Edición citada, pág. 69
[13] Edición citada, pág.68
[14] Edición citada, pág. 588

De lo que aconteció en un lugar de la Mancha

Una mañana
de un caluroso mes de julio,
enfundada en los elásticos
vaqueros, en cabalgadura
todo-terreno,
escudada por la ausencia
de prisas y el pensamiento
abstraído en la odisea
de anheladas vacaciones,
cruzo la Mancha.

La arquitectura eólica
diseña, espectacular,
el horizonte.

Claman al cielo los gigantes
de fibra de vidrio-resina
epoxy el abrazo de Eolo,
para danzar rítmicos giros
en aras de su energía.

Relámpago de memoria.
Enfundado en su celada,

y escudado tras su adarga,
el caballero,
el de la triste figura,
en Rocinante cabalga,
y, lanza en ristre,
a los monstruos desafía.
Treinta o cuarenta
cuenta el hidalgo,
¡y cientos los que yo cuento!

De pronto Eolo enfurece,
su fuerza arrecia.
Sorprendida la mirada
cruza mis ojos
la fantasía:
desaforados gigantes
dan comienzo a la batalla,
y escupen sus recias aspas
sobre el camino.

Yo no sabía,
si ponerme en oración,
como aconsejase el amo
al fiel escudero Sancho,
por ser cobarde,
o entrar en fiero y desigual
combate, que decisión
fue del señor.

¡ Mas dónde estaba mi lanza!

En la locura,
buscaba un sabio Frestón,
a quien culpar
de convertir
aerogeneradores
en colosos que vomitaban
densos y afilados dardos,
y, así, quitarle
la gloria del vencimiento
a esta nueva energía.

Tras el vendaval, la calma
pone fin a la ficción,
mas un pensamiento colea:
¿viajó al futuro el hidalgo
en la famosa aventura?

J. Glez

TRAS LOS PASOS DE DON QUIJOTE

Yo no soy una intelectual, ni estudiosa de Cervantes, soy una curiosa sentimental que se alimenta de historias. Cuando era pequeña, muy pequeña, veía a mi padre con un libro. Esto sucedía en la noche, al regreso de las largas jornadas que permanecía montado a caballo recorriendo las aldeas de la comarca do Salnés, visitando a los enfermos. Llegaba desfallecido y cansado. Cenábamos todos juntos. Nos contaba las anécdotas del día, lo que había visto, los lugares en los que había estado. Pronto nos íbamos a la cama. Yo, al poco rato, volvía quedito para contemplarlo. Lo encontraba sentado, absorto en un libro del que sacaba risas, sonrisas y alborotadas carcajadas. Mi curiosidad me llevaba a ese libro, una y otra vez. Pasaba las hojas, con mucho cuidado, veía los grabados. Aparecía un hombre feo, estrafalario, de caballero antiguo, un caballo muy flaco, y otro hombre bajo y rechoncho, y un burrito. ¿Qué misterio encerraba entre sus hojas aquellas letras menudas y apretadas? Pronto me fueron enseñando el secreto de los signos. Sobre ese libro descifré el código de la lectura, en su título "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha", difícil, quizá, para alguien que no tuviese la urgencia de descubrir un misterio. ¿Cómo leí este libro tan inaudito para una niña? Porque adoraba a mi padre. Quería saber y gozar con él, compartir sus risas. Por eso no lo leí seguido, buscaba las escenas cómicas y las escatológicas. Más tarde, las novelitas que se entrecruzan con las aventuras y desventuras de los protagonistas. Este libro creció conmigo y, poco a poco, descubrí la gloriosa locura y la realidad del escudero. Nunca cuestioné su filosofía. Para mí era un libro ligado a una infancia feliz, y nada más.

Esto aconteció en mis primeros años. Más tarde leí muchos otros libros, muchos, sólo volví a Cervantes por razones de estudio. Ahora sí, ahora estoy leyéndolo de verdad, lo saboreo, lo disfruto. De este gozo tiene la culpa el cuarto centenario. He vuelto a pensar en aquellos días. He vuelto sobre mis pasos de entonces para caminar entre sus capítulos y mostraos un rincón.

Podemos escoger, por ejemplo, Sierra Morena. Nuestros héroes tienen que esconderse de la Santa Hermandad, después de la aventura de los galeotes. Siento la alegría de Don Quijote al introducirse por aquellas montañas, lugares acomodados para las aventuras que busca. En tanto Sancho da unas tientas a las viandas, Don Quijote descubre en el suelo los despojos que van a ser la introducción a la novela de Dorotea. Es posible que fuera la primera novela de amor que leí. Es, en la maleta, donde encuentran "el librillo de memorias". Pertenece a uno que sufre mal de amores:*"quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos y llorados los otros"*. Pocas pistas hay sobre el dueño de aquel tesoro. Sancho halla más de cien monedas de oro que su amo le da.

Don Quijote trata de buscar al dueño, Sancho teme encontrarlo, no vaya a ser que reclame el alijo. Se internan más en la sierra. Dejan que Rocinante con su paso cansino los guíe. He ahí que un hombre desnudo cruza por los riscos, saltando de uno a otro. Lo primero que piensan es que es el amo de la maleta. Quieren seguirlo, Sancho pone excusas y es entonces cuando se topan con el cabrero. Éste les relata lo que sabe del loco. Es un loco por amor. Ante esto, se destapa la curiosidad de Don quijote. Promete buscarlo por lo intrincado de la sierra. Sin que se den cuenta aparece el loco, que quiere comer. Don Quijote piensa que si él es, *el caballero de la triste figura,* éste es, *el caballero del roto de la mala figura.* Comen los cuatro con apetito. El loco les promete contar su historia. Para ello los lleva a un pradillo verde, escondido entre unas peñas. Tumbados en la hierba oyen el relato de sus desventuras. Así conocen a Cardenio, el nombre del loco, Luscinda, la amada de Cardenio, el rival, Fernando, y el de la moza burlada, de la que sólo conocemos su belleza y discreción. Cardenio cuenta como Luscinda es aficionada a las novelas de caballerías, y éste culpa a tales novelas de la desdicha que le sobrevino. A lo que Don Quijote replica con pasión. Se arma una pelea que agudiza la locura de Cardenio y les da una paliza a todos, y huye. Se recuperan al rato. Se despiden del cabrero. Don Quijote le dice a Sancho que la reina nombrada por Cardenio, como adúltera, es un personaje de Amadís de Gaula, que Madásima, es sincera y honrada, pero deshonrada por el loco. Todo esto recuerda a Don Quijote el afán que le llevó a buscar aquel refugio para hacer penitencia, a la manera de su admiradísimo Amadís, en la Peña Pobre, cuando muda el nombre por el de Beltenebros, para aplacar los desdenes de su amada Oriana. Don Quijote da por hecho su penitencia y dice a Sancho: "*Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú no vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea..."* Llegaron con estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón era. Corría a su sombra un arroyo rumoroso, y un prado verde salpicado de flores y árboles: "*Este es el lugar, ¡oh cielos! ,que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto"..."Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella..." "¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura...!"* Sigue el parlamento que Sancho ha de contar a Dulcinea. En una hoja del librillo hallado, escribe Don Quijote la más bella carta de amor de todos los tiempos. Sólo trascribo el principio y el final:

"Soberana y alta señora: El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene (...) que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte.
El Caballero de la Triste Figura."

Sale Sancho en busca de Dulcinea. Antes tiene que ver las hazañas que, por amor, hace el caballero, para poderlas narrar. Éste se queda desnudo, en pañales, y sin más, da unas zapatetas en el aire y unos tumbos, piernas en alto, con lo que se le ven las carnes pecadoras, para escándalo de Sancho, que se da por completo, para llevar el recado y se va montado en Rocinante. Su asno se lo había robado Ginés de Pasamonte, aquel que su amo había liberado de la cadena de galeotes. En este punto, cuando nuestro Hidalgo se queda solo penando por su amor, me detengo y medito. Durante muchos años, yo creí en la existencia de Dulcinea. Que Sancho la encuentra y habla con ella. Para mí existía. Nunca quise renunciar a ella. No la veía princesa. La veía moza labradora, hermosa, fuerte, rubia. Ahechando el trigo en la era. Recorriendo los trigales con flores en el pelo, detrás de una yunta de bueyes. Tostada por el sol, con las trenzas doradas bajo el sombrero de paja. Alegre, esquiva y soñadora. Musa, sí. Adorada y amada. Reverente con su señor, pero respetada. Lejana en el tiempo y real para el mundo. Un icono al que recurrir. En mis primeros tiempos me atraían las pastoras que

tantas aventuras encontraban en los apriscos. Muy cervantino. Aunque Dulcinea era mucho más. Un mucho más que acompaña a Don Quijote en su recorrido vital, bajo otra forma, la de sus sueños. Y tras los pasos de esta querida y entrañable figura os invito a seguirme.

Airam Lebasi

LA TAHONA DE ALONSO

Llegaron de no se sabe dónde, en una vieja moto, cansados de dar tumbos por pueblos y aldeas, buscando un horizonte abierto y justo para vivir en paz. Se hicieron un sitio entre nosotros, a unas cuantas manzanas de mi casa, en una planta baja algo desvencijada, a la que, poco a poco, fueron dando aspecto de hogar.

Él, Alonso, de edad mediana, con trazas de haber vivido mucho, de estilizada figura, rostro enjuto, con barba de perilla. En sus ojos, chispas de idealismo, de libertad y de justicia. Su afición: leer libros de caballería y, en temporada de caza, salir al campo, cerca de Almansa, con su amigo Sampo y su leal galgo a cazar liebres, perdices o jabalíes. Después, regala las piezas a sus amigos, ya que Alonso no come carne. Ella, Dulce Neus, nacida en Etecabla, una hermosa mujer de frágil figura, un enigma con aire de princesa en el exilio. Sus ademanes, lánguidos, de una elegancia innata.

Ambos buscaron trabajo en los anuncios del periódico local, pero no encontraron nada que les conviniera; la verdad es que no había nada conveniente. Y, después de pensárselo mucho, optaron por una panadería en franquicia, aprovechando los bajos de su casa. Se endeudaron hasta las cejas, poniendo muchísimo entusiasmo en el futuro.

Alonso y su esposa llamaron a toda la gente del barrio cuando abrieron la nueva panadería, para compartir con ellos su contento, e hicieron una gran fiesta. Dulce Neus, con su blanco y almidonado delantal y con su mejor sonrisa, se mostraba presta a despachar el pan y los dulces que por la noche había elaborado Alonso con esmero. Gracias a su buen humor, su eterna sonrisa y su amabilidad, en seguida se hicieron con una buena clientela y pudieron hacer frente a gastos y deudas.

La otra noche paseaba a mi perro Patros y me detuve unos minutos a observar por la ventana del horno que da detrás de la panadería. Una curiosa imagen se mostró ante mis ojos: Alonso, sudoroso, con su pala de madera y su gorro redondo en la cabeza, blanco de harina, iba introduciendo los panes en la boca del horno llameante cual volcán ígneo. Se reflejaba en la pared, dando palazos contra las mil esquinas de la noche inmensa. No sé cuánto tiempo duró aquella visión. La sombra se asemejaba a un caballero que, con su lanza, arremetiera contra unos malvados gigantes.

De pronto, Patros, cansado de mi inmovilidad y aterido de frió, tiró de la correa y me sacó del trance. No sé, pero a mí, Alonso me recuerda a alguien, es como si ya, desde siempre, conociese yo su historia y su figura.

M. L. Hurtado

UN SEMÁFORO EN EL QUIJOTE

¿Conoció Cervantes a Don Quijote? Con este interrogante termina la clase. Tema de trabajo para la próxima: "Conmemoración del cuarto centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha"*.

Tengo prisa. Me adentro en mi holgado chaquetón, cojo el paraguas y salgo del aula. ¿Estará lloviendo? Llueve. Abro el paraguas y aligero el paso porque tengo el tiempo ajustado para llegar a la cita. Desciendo por la Rambla y, chapoteando, desemboco en la Explanada. Los colores blanco, rojo y negro de los mosaicos que componen las ondas del pavimento de este paseo marítimo de Alicante, relucen desde el interior del agua de lluvia que los cubre. La imagen provoca en mí una sensación de paz.

¡Qué emoción sentiría Cervantes en los primeros días de enero de 1605 al ver impresa su novela — a sus cincuenta y siete años de edad — en los talleres del segoviano Juan de la Cuesta! ¡Qué éxito! En el primer año, siete tiradas distintas: dos en Madrid, tres en Lisboa y dos en Valencia. ¡Qué delicia para los bibliófilos! En la primera edición de la imprenta de la madrileña calle de Atocha, el papel es malo y amarillento; sus tipos, redondos, grandes y desgastados (los conocidos "atanasios" de la época) abundan en erratas. Ésta es la primera tirada que, según dice mi amigo Serapio, se ha confundido durante mucho tiempo con la siguiente del mismo año y con el impresor; pero los bibliógrafos la han distinguido de la primera por la coma que lleva después de la palabra *Mancha*, en lugar de un punto. También la *M* de Miguel es, en la segunda edición, sencilla, mientras que en la primera es de ampulosos rasgos curvos. Estos detalles se refieren a las portadas de ambas ediciones. Pero hay otras diferencias más importantes, incluso errores de foliación en la primera tirada. ¡Cosas de eruditos y bibliófilos! Mi amigo posee un ejemplar de la primera tirada hecha en Valencia por Pedro Patricio Mey. Lo guarda en una caja fuerte que compró a propósito para la ocasión. *El Quijote* es, además, una obra de gran importancia bibliográfica. No recuerdo el número de ediciones que se han realizado desde su nacimiento, pero superan con mucho las dos mil, además ha sido traducida a todos los idiomas, algunos tan exóticos como el Kashmiri o el Tagalo. Hasta se ha vertido al Esperanto y se ha copiado en caracteres taquigráficos.

Me imagino la expresión de mis condiscípulos cuando sepan por mi escrito que, en efecto, Cervantes conoció a Don Quijote y...¡yo también! Y no sólo eso, sino que, encima, conozco al último pariente vivo de El Caballero de la Triste Figura. Sí, Don Argimiro Quijada. Recuerdo aquel día cuando nos abrió el postigo de la portalada de su caserón toledano. Su alborotado cabello cano, ojos saltones, nariz afilada y un cuerpo enjuto de carnes, me hicieron asociar su imagen — ausentes los bigotes — al Don Quijote del espléndido litógrafo francés Celestino Nanteuil, que ilustró con cuarenta y ocho litografías en color una edición del *Quijote* en 1845.

Nosotros perseguíamos la pista que dos eminentes cervantistas encontraron en el Archivo de la Delegación de Hacienda de Albacete: un inventario de los bienes del cura (¿el que casó a la hermosa Quiteria?) que había en El Bonillo, pueblo cerca del cual se celebraron las bodas de Camacho. El cura poseía, entre otras cosas, un lienzo intitulado *Retrato de un caballero loco* y éste era el cuadro que intuíamos en poder del insólito don Argimiro. Le seguimos por pasillos y salas de oscuras y crujientes tarimas; él, obstinado en mostrarnos sus *variadas y originales* colecciones, y nosotros empeñados en ver el *misterioso retrato*. Entre otras rarezas, vimos la sala de las

lagartijas y salamanquesas disecadas. Otra, a la que denominó *espejos sin imagen*, contenía gran número de espejos de distinto tamaño, color y procedencia — eran espejitos peruanos del siglo XVII y el que más atrajo mi atención fue un espejuelo para la caza de alondras —. El denominador común de todos ellos consistía en que colgaban vueltos hacia la pared. Don Argimiro no soporta verse reflejado. Por fin, en la última de las estancias, pudimos contemplar, en un lienzo patinoso y desconchado, el rostro macilento y los ojos *reventones* de *un caballero loco*. Ya no tengo dudas de que era un antepasado de nuestro anfitrión, y sospecho que el litógrafo Celestino Nanteuil se inspiró en este cuadro.

ILUSTRACIÓN DE NANTEUIL

Ilustración de Nanteuil

Don Argimiro nos *sacó* de la habitación ante nuestra petición de obtener unas fotografías. Dijo que sus colecciones eran para él. Tampoco se lo permitió a *los de la Junta*, que estuvieron en su casa no recuerda cuándo. Sí se acuerda de que no le importó regalarles unas carpetas viejas llenas de papeles de un familiar al que le daba por escribir. Al despedirnos y observar nuestra cara de chasco, el caballero nos dijo a media voz, como si se tratara de una confidencia: “No lejos de El Bonillo, junto a la ermita de Munera — que es el pueblo de donde eran Basilio y la hermosa Quiteria —, en la orilla del río Córcoles, existe el *Molino de la Bella Quiteria*. Allí encontrarán la verdadera historia”.

¡¡¡Maldición...!!! ¡Cómo me han puesto de agua los coches! A quién se le ocurre estar plantado aquí, en un semáforo, en el mismo bordillo de la acera, jarreando agua como está, y ensimismado. Me han empapado estos bestias. ¡Malandrines! ¡Follones! ¡¡¡Bellacos!!!

Ximo Rodríguez

El verso entre la prosa

El verso entre la prosa
y en la palabra un aliento
de regustosos sinsentidos,
un rumor tiernamente profano
que precipita la caída
a esa tierra plagada de nada
de la cual todo se genera
-la página en blanco de los días-.

Ven, caballero valiente,
llévame a las aguas del otro canal
tras el que mora la sinrazón;
a los momentos visionarios
en páramos temerosos de certeza;
a ese centro periférico tuyo
habitado por gigantescos molinos
y ejércitos suplicantes de realidad.
Ven, morador de lo inacabado,
cabalgando entre la escarcha
de ladrones y princesas
para velar armas en fonda de oro,
pendiendo de las líneas de tinta
que se confunden con la noche.
Ven, compañero de sombra silente,
y lloraré contigo en el filo del delirio
cuando la voz de mi mano
calle entre tus lágrimas.
Ven, melancólico histrión,
ayúdame a luchar
contra la imposibilidad de lo real.

El verso entre la prosa
y en el tacto un aroma
oculto entre las letras,
una fragancia resonante de anhelos;
la oyes silbar en la lejanía
y arrojas tu lanza hacia ella.

Marcos Lloret García

Historia de un poeta

yo he visto un hombre eternizar sus manos
y la muerte siguiendo los pasos del Quijote
sin perder la luz en su mirada
que viaja el universo con su carga de historia
pasando entre mis sueños
y nunca sabe del poeta andante
viajero en penumbra
que acciona la palabra y mantiene el equilibrio
para coronar la esperanza.

josé nelson castillo gonzález

Tributo Cervantino

Aherrojado tras el margen
de su propia quimera
decidió desistir y bajar a la tierra.

Con racional desmesura, apretó los dientes;
apoyó su única extremidad superior
en el apoyadero único que adivino a encontrar;
descendió, a través de una espiral escalonada,
a toda velocidad, en busca de algún lugar
omitido por el sueño y atemporal en el tiempo,
para darse de bruces, con una realidad
nunca antaño imaginada.

Los gigantes blancos de cal,
agitando sus aspas en acompasado giro
desde esa lacerante luz de la solana,
devolviéronle por un instante la cordura;
y entonces supo, que aquel lugar
de cuyo nombre no había querido acordarse,
sería eternamente recordado.

Fco. Javier Fernández

LA MALDICIÓN CINEMATOGRÁFICA DEL *QUIJOTE*

El año 2005 que acabamos de estrenar es el de la celebración del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de la obra literaria fundamental de las letras castellanas, *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra. Aprovechando esta efemérides y el estreno (en las principales ciudades españolas, entre las que, una vez más, no se encuentra Alicante) del documental *Lost in La Mancha*, centrado en la última intentona de llevar al cine esta monumental obra literaria, he considerado conveniente hacer un repaso a las conflictivas y nunca sencillas adaptaciones e intentos para que el caballero de la triste figura y su regordete escudero tomarán forma en la hipnótica pantalla cinematográfica.

Lógicamente, ha sido el cine en lengua española, y más concretamente el peninsular, el que más se ha acercado al inmortal personaje, representante supremo de las virtudes y defectos del carácter español. Entre las cintas españolas destaca *Don Quijote de la Mancha* de 1948, escrita y dirigida por Rafael Gil. Con Rafael Ribelles, Manolo Morán, Fernando Rey, María Asquerino y unos jovencísimos Paco Rabal y Sara Montiel al frente del reparto, se trata de una de las escasas superproducciones del cine español en una época de penuria económica tras la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. Los estudios críticos sobre la misma destacan la gran interpretación de Juan Calvo como Sancho, la excelente música de Ernesto Hallfter, miembro de la familia que revolucionó la música contemporánea española y el fracaso de su exportación en el mercado americano, motivado por su desmesurada duración.

En este hecho, encontramos uno de los principales motivos de los reiterados fracasos de la difícil empresa. Aunque, curándose en salud, los productores se limiten a la primera parte del *Quijote*, ésta sigue siendo tan extensa y tan rica en detalles que se ha de elegir entre dos opciones igualmente insatisfactorias: realizar un mamotreto de colosal duración, invendible en una industria tan marcada por el número de sesiones diarias necesarias para rentabilizar el producto, o perpetrar una versión inevitablemente reduccionista o simplista de tan magna obra.

Es por ello que algunas de las mejores adaptaciones de la obra se las debamos a la televisión, ya que ofrece la posibilidad del formato por entregas, en lo que es conocido como serie televisiva. En el año 91, el director Manuel Gutiérrez Aragón contó con dos pesos pesados de la interpretación como Fernando Rey y Alfredo Landa y con el guión del gran literato y Premio Nobel de Literatura, Camilo José Cela para conseguir, quizá, la versión más fiel de la obra. Con unos desahogados medios de producción y el colchón que supone contar con más de cinco horas de duración, la

serie se vendió a numerosas televisiones del mundo, lo que sirvió para difundir la obra a personas que sólo acceden a la cultura a través de medios audiovisuales.

En el año 2000, la cadena por cable norteamericana Hallmark realizó una versión de dos horas, dirigida por Peter Yates con John Litghow, Bob Hoskins e Isabella Rosellini, que, salvo error u omisión, no se ha visto en España. Finalmente, señalar que en los años 80 los niños españoles conocimos las andanzas del hidalgo Alonso Quijano a través de una más que digna versión en dibujos animados.

En otro orden de cosas, resaltar que el director con más proyectos inacabados de la historia del cine, el genial autor de Ciudadano Kane, no podía privarse de su propio fracaso a la hora de llevar a la gran pantalla al Quijote. Durante catorce años estuvo Welles filmando material para una versión nada convencional. En ella, Don Quijote y Sancho deambulan por la España que fascinó a Welles de por vida: la de los Sanfermines, la Semana Santa o las Fiestas de Moros y Cristianos. En 1992, su ayudante, co-guionista y amigo Jesús Franco, estrenó una versión definitiva de la obra a partir de los materiales diseminados por medio mundo (algunos en poder de una reacia segunda esposa de Welles) y siguiendo las instrucciones del autor de *Sed de mal.*

Si discutible fue la visión de Welles del mito hispano, directamente inaceptables resultan, bajo el punto de vista de la rigurosidad, una serie de espectáculos cinematográficos realizados a costa de la inmortal obra. Para empezar, dos cintas de Cantinflas realizadas a finales de los años 60, *Un Quijote sin mancha* y *Don Quijote cabalga de nuevo*, en las que la particular idiosincrasia de este genio del humor en español no casa de ninguna de las maneras con la letra de Cervantes. Por no hablar de *Rocío de la Mancha*, un vehículo para la estrella juvenil Rocío Durcal, improbablemente imbuida del espíritu del hidalgo castellano. Y para completar un cuarteto de la muerte, *El hombre de la Mancha*, de 1972, adaptación del musical de Broadway con Peter O´Toole como despistado Don Quijote y la italiana Sophia Loren como Dulcinea.

Para concluir, señalar que en el año 2002 Manuel Gutiérrez Aragón, tras su éxito televisivo, retomó el personaje en *El caballero Don Quijote*, adaptación de la segunda parte de la novela, publicada en 1615. Protagonizada por Juan Luis Galiardo, Carlos Iglesias, Santiago Ramos, Fernando Guillén Cuervo, Manuel Marquiña, Kiti Manver, Manuel Alexandre, Juan Diego Botto, Emma Suarez, fue muy bien recibida por la crítica, pero el público le dio la espalda, demostrando la dudosa comercialidad de este personaje para la industria del cine.

A la vez que Aragón rodaba este film, Terry Gilliam, miembro del desaparecido grupo cómico británico Monthy Phyton y director de *Brazil*, *Doce monos* o *El rey pescador* acometía su proyecto más ambicioso. Pero todo se volvió en su contra: los técnicos se desesperan por el modo caótico de trabajar de Gilliam, estruendosos F16 del ejército español cruzan los cielos en pleno rodaje, tormentas en las Bárdenas destrozan los decorados y el actor principal, Jean Rochefort, se resiente de una doble hernia discal cabalgando a Rocinante. Todo eso y mucho más es lo que se cuenta en Lost in la Mancha, el primer “cómo no se hizo” de la historia del cine.

Mientras tanto, esperaremos pacientemente a que el cine y su magia, nos ofrezcan la definitiva adaptación de esta novela inmortal.

Luis Antonio López Belda

REFRANES

La sabiduría popular se adueña de la obra más difundida de Miguel de Cervantes, “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha”, y nos ofrece, a través de su lectura, una gran variedad de refranes. Según el diccionario enciclopédico Larousse, el refrán es una sentencia de carácter didáctico o moral que se transmite oralmente a través de los siglos.

La temática de Don Quijote de la Mancha se presta, sin duda, a la utilización de estos dichos, protagonistas de la tradición oral, que constituyen auténticas enseñanzas para la vida, y son una escuela verbal de valores muy a tener en cuenta. Cervantes los utilizó entretejidos en los diálogos que surgen a lo largo de la sucesión encadenada de aventuras en las que se ven envueltos el hidalgo y el escudero.

Muchas son las interpretaciones que se han atribuido a la novela de Cervantes y a sus distintos personajes, interpretaciones dadas en virtud de la subjetividad de cada lector. El mensaje principal que a mí me transmite la lectura del *Quijote* y ha constituido siempre una especial motivación a la hora de expresar mis opiniones sobre ella es un sentimiento de solidaridad y admiración hacia Sancho, por su labor dirigida a la protección, ayuda y asesoramiento a Don Quijote para tratar de conducirlo por el camino de la cordura. Y la táctica más usada por el escudero para conseguirlo es precisamente la utilización de los refranes, un medio ideal para comunicar su filosofía de vida.

Sin embargo, Don Quijote no es amigo del abuso, aunque está de acuerdo en el uso razonable de estos proverbios, como así se lo hace saber a Sancho en el capítulo XLIII de la segunda parte, cuando el hidalgo le hace al escudero una serie de advertencias antes de que se vaya a gobernar la ínsula. Así, junto al consejo de que sea limpio, se corte las uñas, no coma ajos ni cebollas, y se muestre moderado en su alimentación, le apercibe deque no introduzca en sus conversaciones *“la muchedumbre de refranes”* que acostumbra a usar, sobre todo si no vienen a cuento y los trae a colación *“tan por los cabellos que más parecen disparates que sentencias”.* Sancho acepta el consejo, pero no puede evitar, para explicarse, soltar, hilvanadas, una larga sarta de refranes. Don Quijote, ante esto, le recrimina de la siguiente manera:

> *- “Eso sí, Sancho!- dijo Don Quijote-. Ensarta, enhila refranes que nadie te va a la mano! ¡Castígame mi madre y yo trómpogelas! Estoyte diciendo que excuses refranes y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como los Cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece un mal refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche y moche, hace la plática desmayada y baja.”* (Segunda parte, cap. XLIII).

Es curioso observar tras leer esta cita, la diferencia entre el modo de utilizar los refranes de Sancho y Don Quijote, ya que éste último hace un uso correcto de los mismos cuando dice: *”Castígame mi madre y yo trómpogelas”,* refiriéndose a quienes realizan, por inercia, todo lo contrario a lo que se les aconseja, como le estaba ocurriendo a Sancho. Continúan las advertencias y exhortaciones del caballero para que su escudero sea un buen gobernante de la ínsula, pero de nuevo lo interrumpe

éste echando mano de su sabiduría popular. Don Quijote, entonces, entra en cólera y le impreca:

> *"Oh, maldito seas de Dios, Sancho (...) ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes. Una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento*" (Segunda parte, cap. XLIII)

Llegado a este punto, Cervantes ofrece un testimonio que aboga a favor de los refranes cuando pone en boca de Sancho que son su única riqueza y *caudal* ya que carece de *hacienda* y no hay ningún mal en usarlos. Además, le dice a su señor que en ese momento se le ocurren cuatro más que ni *pintiparados* vienen para el caso que les ocupa y ante el requerimiento de Don Quijote de cuáles son esos cuatro le espeta:

> *"¿Qué mejores (...) que 'entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares' y 'a idos de mi casa, y que queréis de mi mujer, no hay responder' y 'si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro'.Que nadie se tome con su gobernador, ni con el que manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; ya lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al 'salíos de mi asa, y que queréis con mi mujer'. Pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: 'espantóse la muerta de la degollada'; y vuesa merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena".*(Segunda parte, cap. XLIII).

Me resulta interesante destacar un refrán que dice Sancho en el capítulo X, también de la segunda parte y que confirma la quijotización de Sancho. *"No con quién naces sino con quién paces"* se dice éste así mismo cuando es consciente de la influencia que su amo está ejerciendo sobre él. Pero a pesar de la evidente simbiosis que existe entre los dos principales personajes de la obra cumbre de Cervantes, aprecio en Sancho una serena entereza en contraposición con la alocada forma de ver la vida de su señor, pues el realismo con el cual Sancho afronta los hechos es espectacular. Cuando pierde su puesto como gobernante de la ínsula Barataria dice:

> *"En efecto, yo entré desnudo en el gobierno y salgo desnudo dél y así podré decir con segura conciencia, que no es poco:' Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano*". (Segunda parte, cap. LVII).

Además de la *segura conciencia* que el escudero demuestra poseer con estas palabras, adivino en ellas la intención de mostrar la naturaleza efímera del ser humano, al tiempo que lanzan un mensaje en defensa de la igualdad de las personas a pesar de su diferente condición social.

Muchos fueron los intentos de Sancho para frenar la euforia de Don Quijote, a quien *no se le cocía el pan* (Segunda parte, capítulo XXV). No consiguió encauzar al ingenioso hidalgo en la medida en que lo deseó, pero mientras trataba de lograrlo, colmó las páginas de la obra de su creador, Don Miguel de Cervantes Saavedra, con estos y otros tantos adagios llenos de sabios consejos, que son, además, sobradamente entrañables por el sentir popular que se refleja en ellos.

María José Arques

EL *QUIJOTE* EN LA ÓPERA Y LA ZARZUELA

Son muchas las composiciones musicales que se han realizado a lo largo de la historia, inspiradas en la novela de Miguel de Cervantes *"Don Quijote de la Mancha".* Así encontramos poemas sinfónicos, canciones, oberturas, ballets, óperas, zarzuelas, etc. Vamos a detenernos, aunque de forma breve, en estos dos últimos géneros musicales, es decir, en aquéllas composiciones que fueron creadas al amparo de un libreto previo, construido a propósito de la famosa novela cervantina, para ser representadas en un escenario y que fueron encuadradas dentro de la ópera o de la zarzuela. De esta manera hemos encontrado seis títulos, de los cuales tres han caído, prácticamente, en el olvido de los programadores y apenas se encuentran datos de ellos, siendo éstos, por orden cronológico:

"Sancho Pança dans son île", ópera bufa compuesta por el músico y ajedrecista Francoise André Danican Philidor, en 1762. No se tienen apenas noticias de esta obra. Su autor, que era un excelente músico, se dedicó al ajedrez profesionalmente a causa de dificultades económicas y llegó a ser el mejor jugador del mundo en su época.

"Don Quichotte de la Manche", ópera de Antonio Salieri, de 1771, de la cual, prácticamente se desconoce todo y no es incluida en publicaciones donde se detallan las más importantes óperas.

"La ruta de Don Quijote", zarzuela, también denominada fantasía lírica, con letra original de Alfonso Hernández y Jiménez de Burgos y música del alicantino Rafael Rodríguez Albert. Aunque varios historiadores la han adjudicado al crevillentino Joaquín Candela Ardid, este dato es erróneo. Fue estrenada en 1930 y sobre ella, el mismo autor, más tarde, compuso un ballet titulado *"Las bodas de Camacho".*

Por otro lado, los otros tres títulos que han quedado presentes, aunque de forma no muy continua, en el repertorio más habitual, son los siguientes:

"La venta de Don Quijote", zarzuela en un acto, letra de Carlos Fernández Shaw y música del insigne villenense Ruperto Chapí, que fue estrenada en el Teatro Apolo de Madrid el 19 de diciembre de 1902. En un acto, presenta los capítulos II y III de la 1ª parte del Quijote en la venta, donde se producen distintas situaciones y en la que se encuentra un poeta llamado Miguel que ha estado luchando en Lepanto, de donde salió mal parado. A Miguel le impresiona don Alonso y cree que será un tema excelente para una obra. Tras varios episodios, la zarzuela acaba con Miguel proponiéndole a Don Alonso Quijano que se llame Don Quijote y a éste asegurándole a aquél fama y honores con sus obras. Tenemos noticias de haber sido representada esta zarzuela en nuestra ciudad, aunque muy poca veces. Fue llevada por primera vez al Teatro Principal el 8 de febrero de 1920 por la Compañía de Eugenio Casals, el cual la volvió a representar en el Teatro de Verano en la temporada estival del mismo año, el 14 de agosto y días posteriores.

"Don Quichotte", ópera con libreto de Henri Cain y música de Jules Massenet, también catalogada como "comedia heroica". El autor del libreto escribió un texto basado en la comedia de Jacques le Lorrain *"Le chevalier de la longue figure",* inspirada en el Quijote. Se estrenó el 19 de febrero de 1910 en el Théâtre du Casino, en Montecarlo y suele incluirse, de vez en cuando, en temporadas operísticas de

grandes teatros. Existen tres grabaciones discográficas diferentes, la primera, de 1978, dirigida por Kazimierz Kord e interpretada por Régine Crespin como Dulcinea, Nicolai Ghiaurov en Don Quijote y Gabriel Bacquier como Sancho Panza, con la orquesta y coro Suisse Romande, grabada en estudio; una segunda, en 1982, dirigida por Georges Prêtre, con las voces de Margarita Zimmermann, Ruggero Raimondi y, de nuevo, con Gabriel Bacquier y la orquesta y coros del Teatro La Fenice, de Venecia, donde se grabó en directo; y por fin, la última, de 1992, con la dirección de Michel Plasson e interpretada por Teresa Berganza, José van Dam y Alain Fondary, con la Orquesta y Coro del Théâtre du Capitole de Toulouse, grabada en estudio.

"El retablo de Maese Pedro", ópera, letra y música del genial gaditano Manuel de Falla. Fue estrenada, en versión de concierto, en el Teatro San Fernando de Sevilla, el 23 de marzo de 1923 y escenificada, el 25 de junio del mismo año en el Palacio de la princesa de Polignac, en París, donde era frecuente que se efectuaran conciertos y se representaran obras de manera privada. La historia de *"El retablo de maese Pedro"* está extractada de los capítulos 25 y 26 de la segunda parte de *"Don Quijote de la Mancha"*, cuando se está narrando en el retablo de maese Pedro que Melisenda, esposa de Don Gayferos, había sido hecha cautiva por el rey moro Marsilio y de cómo su marido la liberaba y eran perseguidos por los moros, cuando de pronto, don Quijote, que está en escena entre el público y con el noble afán de salvarlos, destruye todo el entramado de maese, poniendo incluso en peligro la vida de éste. La ópera, en un acto y ocho fragmentos, cuenta con la participación de tres cantantes y marionetas. Los ocho fragmentos son: El pregón, La Sinfonía de maese Pedro, La Corte de Carlomagno, Melisendra, Los Pirineos, La fuga, La persecución y El final. Ha sido catalogada por expertos musicólogos como una composición excelente, como una proyección de la música renacentista española en la época moderna y con afinidad a los estilos de Maurice Ravel e Igor Stravinsky. Dos grabaciones distintas se han registrado de esta ópera, la dirigida por Ataúlfo Argenta con la Orquesta Nacional de España e interpretada por Julita Bermejo, Carlos Munguía y Raimundo Torres, y la que dirigió Eduardo Toldrá y cantaron Lola Rodríguez Aragón, Cayetano Renom y Manuel Ausensi, con la Orquesta Nacional de la Radiodifusión Francesa. Como hecho curioso podemos anotar que esta obra supuso el debut en un escenario de José Carreras cuando tan sólo contaba 11 años, en 1958, interpretando el papel del Trujamán junto al gran barítono barcelonés Manuel Ausensi. Ya no actuó más hasta que su voz cambió y recibió las adecuadas enseñanzas técnicas. Precisamente este año de 2005 será puesta en escena en el Teatro de la Zarzuela, entre el 11 de marzo y el 10 de abril, junto a la zarzuela *"La venta de Don Quijote",* en conmemoración del IV Centenario de la primera edición de la novela.

Anuncio de la ópera "Don Quichotte", de Massenet

José Manuel Navarro

Albedrío y ensoñación

Nunca hubo
espíritu más libre,
poderosa razón
por traspasar umbrales.
Buscabas libertad en tus andanzas
por sendas de barbecho,
y andadores caminos
de vides y florestas.
Te guió la aventura y la ilusión,
resististe la burla
con rostro austero,
y el alma malherida
por muecas y grotescas carcajadas.
Despertóse al fin
tu cuerpo de alfeñique,
humano y transparente,
donde toda hermosura,
para gente ignorante,
opaca resultaba.
Ya las aspas sesgaron
las cuerdas opresoras;
bebimos elixir
de tu herida enamorada.
Asumiste el ensueño.
La noche no vaga sola;
la penetran azules y dorados,
la perfilan lentiscos y encinares.
Rocinante, brioso,
retumba en la escapada
hacia todos los siglos,
sobre la extensa Mancha.

Mª Amparo Benito Díez

Dulcinea del Toboso

Cómo de veras fuera Dulcinea
del Toboso, no queda ni aclarado,
ni dicho, ni sabido, ni anotado,
aunque otra cosa el lector se crea.

Según algunos era hombruna y fea,
con el gesto torcido y descarado,
a ajos oliendo, como se ha contado,
de mala traza y de peor ralea.

Pero, en razón de ser tan renombrada,
otros la ven hermosa y delicada,
de semblante bellísimo y lozano.

Y, por supuesto, estaba enamorada
de Don Quijote de la Mancha. Nada
más verdadero y hondamente humano.

Francisco Alonso Ruiz

TODO EMPEZÓ EN UN DESVÁN

"Estás encima de la mesa del salón y nosotros a tu alrededor". Con esta enigmática frase comenzamos la entrevista que, a través de un teléfono en función de "manos libres", mantenemos con José Antonio Noriega Marcos, médico hematólogo, nacido en el barrio de Cuatro Caminos de Madrid, bibliófilo y coleccionista de ejemplares del *Quijote*. Trescientas diecinueve ediciones posee hasta la fecha, y las que se avecinan con motivo del cuarto centenario de su publicación.

Su primer contacto con esta obra de Cervantes fue — como les ocurrió a todos los de su generación — en el colegio: su lectura era obligatoria. Transcurrieron más de diez años hasta que consiguió su primer *Quijote*. Fue de forma inesperada; pero constituyó la semilla de su afición. Su familia veraneaba en una casa que poseían en La Parrilla, un pueblo de Valladolid. José Antonio, a sus diecinueve años, estudiante de medicina, se lanza desde un trampolín con la intención de ejecutar el "salto de la tijera", cae en mala postura y se lesiona la espalda; como consecuencia debe guardar

reposo en cama durante un mes. Se aburre. Su hermano encuentra en el desván el primer tomo de un *Quijote* editado en 1777. Su lectura le atrapa. Cuando se pudo levantar, renqueante, busca con afán los tomos que le faltan: los encuentra rebuscando entre los polvorientos libros acumulados por su tío, el sacerdote, y entre los innumerables artilugios amontonados en el desván durante años. En total, son cuatro volúmenes con la singularidad de estar editados en 1777 los dos primeros y en 1778 los otros dos. La edición es de Mayans y Síscar, con cuarenta estampas, diez en cada tomo, en xilografía; los dibujos son un poco infantiles.

Muchos años después, durante una visita a su hija, residente en Quintanar de la Orden, se acercó al vecino pueblo de El Toboso y visitó la Casa de Dulcinea y el Museo Cervantino. Le preguntó a la secretaria del museo si existía en el catálogo la edición de 1777. Recibe una respuesta afirmativa, acompañada de la atrevida insinuación de donar sus ejemplares al museo. Declina la invitación con amabilidad. La secretaria se sincera; de ser suyos los cuatro libros, tampoco los entregaría. Al confirmar el valor de los primeros libros de su colección, su afición cobra un nuevo y entusiasta impulso, que unido al mayor tiempo disponible, ya que está jubilado, y a sus cualidades personales de paciencia, tesón y capacidad de análisis, contribuye a un importante aumento de su biblioteca cervantina. Así, por ejemplo, persigue durante un año la edición de 1965 ilustrada por Dalí. Al final la logra su esposa; fue un magnífico regalo.

En los anaqueles de su biblioteca están depositadas ediciones realizadas en Cartagena de Indias, Nueva York, Italia, Francia, Alemania, Austria, Rumanía, Suiza, Argentina, China... Esta última la encontró en un supermercado chino de la Plaza de España de Madrid. No había forma de entenderse; el dependiente le traía una figura de porcelana, palomitas...Una cercana agencia de viajes sirvió de traductora e intermediaria. También dispone de una edición en esperanto y hasta dos ediciones “pulga”; una en papel biblia y la otra, incluso, con ilustraciones. Una de sus más recientes adquisiciones es un ejemplar de la edición de 1955, realizada por Chocolates Ametller S.A (casa fundada en 1797) e ilustrada por José Segrelles, con ochenta cromos en color; cuatro cromos por página y convenientemente explicados.

José Antonio lee el *Quijote* a menudo. Siempre le divierte y complace. Nos ofrece una recomendación: leer la obra en pequeñas dosis, capítulo a capítulo; avanzar en función del interés que, sin lugar a dudas, nos despertará. ”De un tirón no se aguanta”, nos dice. Con frecuencia relee aquellos capítulos que más le han gustado, como los del *Curioso Impertinente* y los de la pastora Marcela. Considera a Sancho Panza el personaje más simpático y destaca de la obra la habilidad del autor para conseguir que los dos protagonistas, en una mutua influencia, poco a poco, casi inadvertidamente, se trasformen: Don Quijote se va haciendo “sanchopancesco” y el escudero “quijotil”. Ante la pregunta de qué enseñanzas ha podido sacar del *Quijote*, José Antonio cree que, de una manera inconsciente, la lectura del libro le puede haber enseñado algunos aspectos de la prudencia, la reflexión, ciertos comportamientos ante la vida, el gusto por la buena literatura... A partir de la muerte de su esposa, el año pasado, su afición le ha servido de terapia para seguir activo y alejar pensamientos negativos; tan es así, que aprende encuadernación para restaurar aquellos ejemplares deteriorados e, incluso, se esfuerza en la realización, de manera artesanal, de un mueble para dar cabida a parte de su colección. ¡Hasta transforma en Dulcinea una campana de bronce del siglo XVIII! y, por supuesto, cataloga minuciosamente toda su biblioteca y, eso sí, sin ordenador. Prefiere la escritura manual y el tacto de sus “rollerball” plateados. Ha llegado el momento del adiós. Desde *encima de la mesa*, José Antonio se despide de nosotros, y nosotros de él con una invitación para que nos visite en Alicante.

Mª del Carmen López Muñiz y Ximo Rodríguez

Derribado quedó de calentura

Encuentro Final. Óleo de Juan Burguete Albalat

Derribado quedó de calentura
y amojamado en su lecho aguardaba,
y al tiempo que la muerte le rondaba
despertóle de un sueño la cordura.

Dijo ser Don Quijote por locura
y caballero andante, así clamaba,
que de la risa pábulo quedaba
y visión Dulcinea en su andadura.

Y con estas palabras, confesóse
el ingenioso hidalgo de la Mancha,
como Alonso Quijano con acierto,

y con trémula lengua despidióse
de Sancho, y de esta vida, dejando ancha
y más larga a Castilla siendo muerto.

Lucía Espín

ÚLTIMAS PALABRAS DE ALONSO QUIJANO

Despertó de su locura Don Quijote y volvióse cuerdo y fue de nuevo Alonso Quijano hasta su muerte.

Cristianas y verídicas y sensatas palabras dijo entonces. Así fueron recogidas escrupulosamente por Miguel de Cervantes o por Cide Hamete, que en esto hay opiniones dispares. Pero yo creo y advierto y noto y me huelo que mucho más y más largo habló el sensato y piadoso y admirable Alonso Quijano, el Bueno. Hoy mis manos pecadoras y atrevidas se deciden a tomar la pluma para imaginar las palabras que no se recogieron en su día y escribirlas y que así alcancen universal conocimiento en la posteridad.

"En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño...Yo estuve loco y ahora ya estoy cuerdo, pero en la locura y en el extravío, si tuve quebrantos y heridas y penas, tuve y viví también momentos de felicidad y ventura. Afortunado fui con tu amistad, Sancho Panza, con tu compañía a lo largo y a lo ancho de los campos manchegos...Tuve el gozo de amar, con una devoción platónica, idealizada y pura, a Doña Dulcinea del Toboso... Dichoso fui conviviendo con la gente humilde y hospitalaria, y aprendiendo que en el pueblo está la verdad y el anhelo de justicia y de fraternidad.

Ya entiendo que confundí molinos con gigantes, o sucias ventas y mesones con castillos, pero, gracias a mi necedad y al engaño de mi mente, la vida era hermosa como yo la veía: las meretrices eran bellas y honestas damas, los ladrones merecían compasión y el mundo podía alcanzar la libertad.

Me enloquecieron los libros de caballerías...Y, sin embargo, ahora que he regresado a la cordura, pienso que los libros nos enseñan a ser mejores, nos muestran cómo son las cosas, y a vivir por aquello que merece nuestra atención y cuidado.

Los libros nos comunican su emoción, y la emoción hace más grande y profunda la existencia de hombres y mujeres. El médico, en los libros, aprende a sanar; el artista o el artesano, su arte o su oficio. Los libros nos muestran la poesía de las realidades pequeñas y de las grandes: las gestas de la Historia, y los avances de las Ciencias.

Tal vez hubo o hay o habrá en el futuro locos como yo fui: son quienes aman la belleza hasta la perfección; los creadores; los que luchan desinteresadamente por la prosperidad de las naciones; los científicos y los poetas. Quizá se entienda entonces que fui uno de ellos y que me motivó tanto o más el amor que la locura".

Francisco Alonso Ruiz

Al monumento a Don Miguel de Cervantes Saavedra que se instaló hace cien años en la fachada del Ayuntamiento de Alicante para conmemorar el tercer centenario de la publicación de la primera parte del Quijote

Hace un siglo que fuiste entronizado
junto a la puerta del Ayuntamiento
y desde tu sitial, con vario acento,
el vivir de Alicante has contemplado.

Todo nació, creció y murió a tu lado,
tú escuchaste el susurro y el lamento
del verdadero amor y del violento
estertor del que fuese condenado.

Nos viste así en pos de la ventura,
corriendo tras el sueño, alucinados,
yendo y viniendo, desde el coro al caño,

y fue tu corazón todo ternura,
al saber que seriamos derrotados,
igual que tu Quijote lo fue antaño.

Manuel Parra Pozuelo

PUNTOS DE VENTA DE LA REVISTA AUCA

Prensa Avda. Alfonso el Sabio, nº 7. Alicante
Prensa, C/ Jaime Segarra, nº 35. Alicante
Prensa, C/ San Mateo, nº 14. Alicante
Prensa Plaza de América, nº 2. Alicante
Prensa Navarro. C/ Plus Ultra, nº 75. Alicante
Prensa Menchú. C/ Calderón de la Barca, nº 18. Alicante
Librería del Pla. C/ Ingeniero Canales, nº 5 Alicante
Librería Noesis. C/ Pintor Baeza nº 8. Alicante
Librería Laos. C/ Manero Moyá, nº 5. Alicante
Librería 80 Mundos. Avda General Marvá, nº 14. Alicante
Librería El Clínico. Hospital Clínico Universitario. San Juan (Alicante)
Librería El Estudiante. C/ Mayor, nº 18. San Vicente del Raspeig (Alicante)
Librería Piscis, Librería Gran Vía y Librería María Jesús. Cehegín (Murcia)
Librería Atenas. C/ San Francisco, nº 7. Cartagena (Murcia)

Para suscripciones contactar con Lucía Espín, delegada de ventas:

Avenida de la Condomina 19,9º B-3. 03016. Alicante
Teléfono: 965266868 / 966356358 / 679248312